

*Serie Australia*

*Un lugar  
al que escapar*

*Sophie Saint Rose*



Un lugar al que  
escapar

Sophie Saint

Rose

## Capítulo 1

Charlene suspiró mirándose al espejo con el cepillo de dientes en la boca. Dios, no se podía ser más

patética. Cogió el cepillo de dientes y se frotó con fuerza arriba y abajo pasándose la mano por sus rizos rubios. Ya no tenía corte, ni nada. Estaba hecho un desastre. Se pasó la mano por la cara y puso los ojos en blanco al ver un grano al lado de la nariz. Escupió en el lavabo y abrió el grifo enjuagándose la boca. Cogió la toalla del colgador y se la pasó por la boca incorporándose. Al menos

seguía teniendo los ojos verdes. Eso era lo único que no había cambiado en su vida en el último año.

Tirando la toalla al suelo, salió del baño y se rascó la barriga por encima del pijama de cuadros que llevaba puesto desde hacía una semana. Estaba claro que había entrado en zona roja.

Atravesó el apartamento que

estaba hecho un desastre y se sintió aún más culpable si eso era posible, pero decidió ignorarlo como todo en su vida para ir hasta la cocina y abrir la nevera. Gimió tapándose la cara al ver que estaba vacía. Cerró de un portazo y susurró —Para eso inventaron el servicio a domicilio.

El teléfono, que debía estar debajo de los cien periódicos que tenía

sobre la mesa del estudio, empezó a sonar, pero Charlene hizo como si no lo hubiera escuchado, escogiendo uno de los menús de los restaurantes de la zona que tenía colgados de la puerta de la nevera.

—Chino... japonés...—Pasó el dedo por los menús y entrecerró los ojos al ver una nota escrita por ella misma que decía “¡Espabila de una puta vez!”

Cogió el post it y lo arrugó tirándolo por encima de su hombro. —Italiano. No es lo mejor para desayunar, pero de todas maneras ya tienes el estómago hecho una mierda...

Buscó su móvil y cuando lo encontró se dio cuenta que no lo había cargado en varios días. Quizás tenía que haber contestado al teléfono.

Encogiéndose de hombros se

dejó caer en el sofá y marcó el número del restaurante. Veinte minutos después estaba comiendo espaguetis a la carbonara sentada en el sofá viendo la tele. El programa de la mañana era de lo más aburrido, pero a falta de otra cosa...

Llamaron a la puerta y gruñó sin moverse. Sería el casero para decirle que su patética vida acababa de empezar

y que lo que había vivido hasta ahora era un juego de niños. Después le pegaría una patada en el culo, echándola del apartamento por deberle dos meses.

—¡Charlene! ¡Abre la puerta!

No era el casero. Era aún peor.

Su prima.

Se arrastró fuera del sofá y dejó el envase sobre la mesa de centro antes de ir hacia la puerta y abrir. Su perfecta

prima Rubi, con su perfecto bebé en brazos, la miró de arriba abajo horrorizada. Se volvió y caminó por el pasillo para volver a sentarse en el sofá, mientras Rubi miraba el apartamento sin poder pronunciar palabra, a la vez que entraba el carrito del niño y cerraba la puerta.

—¿Qué está pasando aquí? —

preguntó atónita al ver una foto de su

jefe llena de dardos. El guapo ejecutivo estaba lleno de agujeros como si hubiera tirado los dardos una y otra vez.

—Nada. Que me ha echado a patadas.

—¿Cuándo? —Dejó al niño en la sillita con un juguete en las manos y la miró preocupada. —¿Por qué no nos has dicho nada?

—¿Para qué?

—¿Desde cuándo estás así?

—¿Así cómo?

—¡Es evidente que tienes una pequeña crisis! Dios mío, déjame abrir una ventana porque aquí huele fatal.

Charlene frunció el ceño y se olió el sobaco. Hizo una mueca. Puede que necesitara una ducha.

Su prima abrió las cortinas y Charlene entrecerró los ojos mientras

abría dos ventanas para ventilar. Se volvió mirándola con los brazos en jarras. —No contestas al teléfono, no me llamas para decirme que te han echado... Por cierto, ¿cuándo te han echado?

—¿Qué día es hoy?

—¡Hace dos meses que no sé nada de ti!

—Pues dos meses.

—¡Menos mal que he venido a la ciudad, porque sino sabe Dios el tiempo que nos ocultarías esto!

—No pasa nada. Estoy bien. ¿A qué has venido? —Se metió unos espaguetis en la boca mirando la tele.

Su prima se pasó una mano por su pelo castaño mirando a su alrededor y apretó los labios al ver una foto del antiguo jefe de Charlene en una de las

portadas de las revistas de negocios que estaban en el suelo.

—Al pediatra. Estabas liada con él, ¿verdad?

—¡No! —Se sonrojó intensamente.

Rubi se acercó sentándose a su lado muy preocupada. —Así que no estabas liada con él. Entonces, ¿por qué estás así? ¿Temes no encontrar otro

trabajo? Si necesitas dinero...

—Pues ya que lo dices...He tenido algunos gastos...

—¿Qué tipo de gastos? Porque no ha sido en una limpiadora.

—Déjalo. —Siguió comiendo y su prima suspiró. —De verdad que estoy bien. Mañana iré a buscar trabajo y asunto arreglado.

—Cuéntame qué gastos y te doy

la pasta. ¿No serás ludópata o algo así?

Tomó aire para la bronca que venía y dejó el envase de comida sobre la mesa antes de mirar sus ojos verdes. Eran lo único que tenían en común. Eso y que se querían como hermanas.

—Vale, ahí va. Hace dos meses vi algo en la base de datos que me llamó la atención y di la alarma al jefe. De repente aparecieron en mi cuenta veinte

mil dólares y era detenida por la policía, acusada de espionaje industrial. He tenido que pagar la fianza con mis ahorros. Cien mil dólares.

Su prima se la quedó mirando y dijo muy seria —Si no me quieres decir que estabas liada con él, por mí muy bien. Pero no me mientas.

—¡Es la verdad! ¡Quieren meterme en la cárcel! ¡El muy cabrón

sabía que si abría la boca quien iría a chirona sería él y me ha tendido una trampa!

—Madre mía. ¡Tienes que hacer algo!

—¿Qué quieres que haga? ¡No tengo la información! ¡Ni pruebas de ningún tipo! Sólo es mi palabra contra la suya y no es por nada, pero él tiene millones para gastar en abogados y yo

no tengo una mierda. Me tendió la trampa y se ha olvidado del asunto.

—¿De qué te acusan?

—De haberle pasado información a una empresa rival.

—¿Y qué pruebas tienen de eso?

—Los veinte mil dólares que salieron de la nada y un mail que apareció en mi correo, diciendo que habían recibido el paquete. La dirección

pertenecía a la empresa rival.

—¿Sólo eso?

—¡Pues con sólo eso me han puesto fianza! ¡Cómo no demuestre de dónde salieron esos veinte mil, me pasaré los próximos diez años siendo la muñequita de alguna traficante con mala leche! —Rubi se echó a reír y exasperada se levantó del sofá. —No sé para qué te cuento nada.

—Perdona, pero es que te he imaginado en la cárcel y...—Se echó a reír de nuevo. —Madre mía, eres un caramelito.

—Te estrangularía.

—Lo sé. —Rubi hizo un gesto con la mano. —No te preocupes. ¿Quién es tu abogado?

—¡Me ha dejado!

Su prima perdió la sonrisa. —

¿Perdón?

—¡Al enterarse de que no tengo dinero, después de la fianza me ha dado el pasaporte!

—¿No has buscado otro?

—Me han enviado a uno de oficio, pero es de risa. ¡Ni siquiera se había leído mi expediente y ya me estaba aconsejando que me declarara culpable para que el juez fuera benévolo

conmigo!

Rubi no salía de su asombro. —

¿Cuándo tienes el juicio?

—En tres semanas.

—¡Tienes que hacer algo! —

exclamó levantándose—. ¿Qué haces viendo la tele? ¡Busca abogado!

—¡Los buenos son muy caros!

He preguntado en uno muy bueno y cobra mil pavos la hora.

Rubi palideció. —No tengo tanto dinero. Como cuido al niño....

—Por eso no te llamé. Porque te sentirías responsable de mí y no lo eres.

—¡Por Dios, Charlene! ¿Cómo te has metido en un lío así?

—No tengo ni idea. —Sus ojos se llenaron de lágrimas y se dejó caer de nuevo en el sofá. —Yo era feliz. Tenía planes. Me iba a ir a Grecia este verano.

Su prima la cogió por los hombros pegándose a ella. —No pasa nada. Encontraremos la solución. Puedo decirle a Jake que rehipotequemos la casa.

—¡No! Júrame que no lo harás.  
¡No cogeré tu dinero! —Se levantó furiosa. —No sé ... iré a hablar con el señor Thompson y le pediré que me ayude...

—¡Si te ha acusado él! —Rubi la cogió por las manos y angustiada dijo — Necesitas un abogado, Charlene. Y uno bueno para salir de este lío.

Suspiró dándose por vencida y miró a su prima a los ojos. —Pues no lo tengo y tú tampoco. No voy a dejar que perdáis la casa, así que tendré que enfrentarme a las consecuencias.

—Huye —dijo su prima

poniéndose muy nerviosa—. Huye a Méjico. O a cualquier otro sitio que... No sé. ¡Tienes que salir del país! Puedo conseguirte cuatro mil. Con eso tendrás para una temporada y podrás salir adelante hasta que encuentres trabajo. Es muy sencillo. ¡Te vas a Méjico y desde allí puedes coger un avión a cualquier sitio del mundo y desaparecer!

—Tengo mi pasaporte. El juez no

me lo quitó —dijo con esperanza.

—¡Ahí lo tienes! Eres tan poco importante, que en unos meses se olvidarán de buscarte. Podrás vivir tranquila el resto de tu vida en otro sitio.

—Pero perder los cien mil...  
Son todos mis ahorros.

—Mira, tienes veintiséis años.  
¿Quieres salir con treinta y cinco? Una ex presidiaria liga poco. Eso te lo

aseguro. Además, ¿quién te dará trabajo? ¡Trabajarás en un supermercado, llenando bolsas de papel el resto de tus días!

Tomó aire y asintió. —Tienes razón.

—¡Claro que la tengo! En cuanto pase la tormenta, podremos ponernos en contacto. Incluso podemos ir a visitarte.

—Pero mi apellido... llama

mucho la atención.

—Sí, y apellidarse Postlewait es un hándicap. Además, tu nombre tampoco es muy común...Charlene Postlewait...Tenemos que cambiarlo.

—¿No me digas? ¿Y cómo hago eso?

Su prima sonrió. —Casándote.

—¿Qué?

Su prima se levantó yendo hacia

el ordenador a toda prisa. —El otro día leí un libro donde la protagonista se casaba por poderes. Estaba basado en el siglo dieciocho y le pregunté a Jake si creía que eso aún existía porque me parecía muy romántico. Amantes separados por grandes distancias, que se casaban por poderes antes de que ella iniciara un largo viaje para encontrarlo, sufriendo en el camino muchas

tribulaciones. El libro era precioso, te lo aseguro.

—¿Es coña?

—No, hablo en serio. Jake no tenía ni idea y por curiosidad estuve mirando en internet. ¡Alucina, todavía se hace!

Atónita se acercó al ordenador, donde su prima ya sentada ante él, escribía en el buscador matrimonio por

poderes.

—A ver si la encuentro... —Su prima pinchó en una página. —Mira, hay un montón de hombres de todas partes del mundo que buscan esposa y lo hacen a través de la red.

—¿Y se casan sin conocerse? —Miró la pantalla para ver que la página era australiana. —¡Si en Australia hay mujeres preciosas!

—Algo raro debe tener. Pero tú no necesitas conocerle. Te casas. Cambias el apellido y el pasaporte. No estás en busca y captura, así que no lo sabrán en el registro. Con tu pasaporte nuevo te vas a donde quieras y Charlene Postlewait habrá desaparecido.

La idea no era mala en absoluto.

—Busca a un tipo.

Su prima abrió varios perfiles

mientras ella buscaba su pasaporte en ese desastre de casa.

—Este. Este es perfecto. —

Distraída miró hacia la pantalla abriendo otro cajón del escritorio. —Se apellida Smith.

—Muy típico. Busca otro.

Casi chilla de la alegría cuando encontró el pasaporte y su prima se levantó a coger al niño que se había

puesto a llorar. Charlene se sentó en su silla y movió el ratón hasta el nombre Ryan Dawson.

—Charlene Dawson. Suena bien.

Pinchó encima y salió una foto.

No era feo. En la foto estaba realmente serio y llevaba una camisa de esas de vaqueros en blanco. Leyó la ficha por encima y vio que era soltero, no fumaba, bebía moderadamente, tenía un rancho y

quería una esposa e hijos porque tenía mucho que compartir. Volvió a mirar la foto y su prima se acercó por detrás. — Vaya, qué guapo.

—¿Tú crees? —preguntó mirando su pelo negro—. ¿De qué color crees que tiene los ojos?

—Los tienes azules. —Su prima señaló la pantalla donde ponía color de ojos. —Mmm, como los de Paul

Newman.

—Sólo quiero su apellido, Rubi.

—Sería perfecto. Y ya te habrías ahorrado buscar marido. Empezarías tu nueva vida en Australia y si no funciona siempre puedes largarte. Tendrías cobijo y seguridad mientras aquí te están buscando. ¿Quién va a pensar que estás en su casa?

—¿Cualquiera que mire en el

registro civil?

Su prima hizo una mueca. —

Mierda, tienes razón.

—El plan original era mucho mejor. Me caso. Voy al registro y cambio el pasaporte. Salgo del país como Charlene Dawson y adiós. En Australia busco trabajo e inicio una nueva vida. —Entrecerró los ojos mirando a Ryan Dawson. —¿Crees que

se querrá casar rápidamente? No tengo mucho tiempo.

—Envíale una foto y un pdf con tu curriculum. —Miró a su prima como si fuera idiota. —¿Qué? ¡No podemos enviar una carta tras otra! ¡Sería eterno!

—¡Déjame pensar! —Se levantó y se paseó por el salón. Tenía que conseguir que quisiera casarse con ella de inmediato. —Está claro que si está en

una página de matrimonios por poderes,  
es que no va a venir a conocerme.  
Quiere que esté casada antes de llegar a  
Australia para que esté atada a él  
cuándo llegue allí.

Rubi entrecerró los ojos. —¿Qué  
te imaginas?

—Me imagino que aquello es  
horrible o que el horrible es él. O las  
dos cosas, que también puede pasar.

—Ya lo tengo. Dile que te tienes que casar de inmediato porque te van a echar de tu casa.

—Eso sería cierto. —Su prima hizo una mueca. —No, espera. Puede que tengas razón. —Señaló la pantalla. —Esa es la cara de un hombre que le gusta que le hablen con claridad. ¿Y si le digo la verdad?

—¿Estás loca? ¡Puede

denunciarte!

—Le diré que estoy desesperada por salir del país con alguna excusa. Le diré que necesito un sitio donde iniciar mi nueva vida. Intentaré ser lo más sincera posible con él para que no me pille y si acepta, en cuanto llegue a Australia me esfumo.

—¡Le vas a utilizar! Pobrecito.

—¡Le iba a utilizar igual!

Su prima miró la pantalla. —

Tiene cara de no tomarse muy bien los desplantes.

—No voy a verle la cara. Él pensará que me tiene en sus manos y dirá que sí. Pero se llevará una sorpresa.

—Muy bien. ¿Qué vas a hacer ahora?

—Pedirle el teléfono.

Si prima abrió los ojos como platos. —Es más rápido hablar con él. Le enviaré una foto.

—Envíale alguna de mi boda.

Estabas preciosa de dama de honor.

La miró con horror, porque llevaba un vestido verde chillón que era un anuncio ambulante.

—¿Qué? Todo el mundo dijo que nunca se olvidarían de la dama de honor.

—Claro que no se olvidarán nunca. ¡Sobre todo, porque el primo Billy casi me saca una teta bailando con aquel escote!

Rubi soltó una risita. —Se te vio el pezón. Salió en el video.

—¿Qué? —chilló sin poder evitarlo.

—No te dijimos nada para no agobiarte.

—¿Y por qué me lo dices ahora?

—Se me ha escapado. Envíale una de esas fotos. No pasarás desapercibida.

—Eso seguro.

## Capítulo 2

Al final eligió una foto de nochevieja donde sonreía a la cámara con una copa de champán en la mano.

Elegante y sofisticada. Perfecta para un perfil en la red. Esperaba que a Ryan le gustara. Aunque en esos últimos dos meses había cogido unos kilitos. Cinco o así. La inactividad era brutal y los hidrocarburos no perdonaban.

Le escribió un rápido mail diciendo que le gustaría hablar con él por teléfono, porque no era tan frío como escribir un correo electrónico.

—Sí, eso es perfecto —dijo su prima tras ella con una bolsa de basura en la mano tirando todo lo que se encontraba a su paso.

Le dio a enviar y suspiró. — Espero que lo lea pronto.

—Seguro que sí. Ya verás. —Su prima le apretó el hombro mientras miraban la foto de su posible marido. — Sino siempre puedes huir por Méjico.

—¿Qué hora será allí? ¿Crees que será de noche? —Miró en internet y vio que allí eran más o menos las seis de la mañana del día siguiente.

Sorprendida escuchó la campanilla que indicaba que tenía un mail y las dos se miraron con los ojos como platos. —No puede ser él.

—¡Ábrelo de una vez antes de que me dé un infarto!

Con su prima respirándole en la oreja, abrió el sobrecito que tenía en la parte superior derecha de la pantalla del ordenador. Se quedó sin aliento al ver únicamente un número larguísimo.

Su prima le pasó el inalámbrico y poniéndose nerviosa marcó el número de teléfono. Rubi cruzó los dedos mientras se ponía el teléfono al oído. Al principio no se oía nada y pensó que se

había confundido, pero entonces sonaron los tonos.

—Al habla Dawson. —Se sobresaltó al oír su voz grave y no supo qué decir.

—Ahrrr. —Su prima abrió los ojos como platos animándola. —Hola, soy...Charlene Postlewait.

—Sí, acabo de ver tu foto y ese interesante correo electrónico.

—Mira, voy a ser clara. Quiero casarme. —Su prima asintió. —Estoy harta de tener citas sin sentido y encima me he quedado sin trabajo. —Su prima volvió a asentir. —Estoy a pocos días de que me echen de mi casa y he visto tu foto. Me gustas, así que ahí va. ¿Quieres casarte conmigo?

Se hizo el silencio durante varios segundos que se le hicieron

eternos y angustiada se pasó la mano por la nuca intentando pensar qué decirle. Estaba a punto de añadir cualquier chorrada cuando él dijo —Mi abogado se pondrá en contacto contigo.

Y colgó.

Se quedó de piedra mirando el teléfono y su prima chilló de alegría antes de abrazarla con fuerza. —¡Te vas a casar!

La miró como si estuviera mal de la cabeza. —Recuerda por qué lo hago y no te emociones.

Rubi asintió. —Tengo que irme. Manténme informada.

—Sincronicemos los relojes.

—Muy graciosa. —La miró con pena. —Te voy a echar de menos, ¿sabes?

Los ojos de Charlene se llenaron

de lágrimas y se levantó para abrazar a su prima. —Iré sacando la pasta—dijo Rubi cuando se apartaron—. Y tú date una ducha.

Charlene se echó a reír mientras se alejaba para empujar el carrito del niño. El pobre se había quedado dormido con su osito en los brazos.

—No le digas a nadie el plan — advirtió Charlene—. Ni a Jake hasta que

me haya ido.

—Tranquila, no se enterará. Te quiero.

—Yo también te quiero.

Se emocionó viéndola salir del apartamento y cuando cerró la puerta, miró a su alrededor sonriendo porque casi se lo había limpiado por completo.

—Vete haciendo las maletas, Charlene. Puede que tengas que salir

corriendo.

Después de ducharse y vestirse con unos vaqueros y una camiseta de tirantes rosa se sentó ante el ordenador para leer de nuevo el perfil de Ryan. Suspiró porque era una pena que no se conocieran. Cada vez que veía su foto le parecía más guapo y esa voz... Estaba

claro que era todo un hombre.

Pero el plan había que seguirlo a rajatabla para que diera resultado, así que eso pensaba hacer por muy bueno que estuviera. Ya se había pasado tres años trabajando para un hombre guapísimo y de éxito, para llevarse la decepción de su vida. Entrecerró los ojos mirando la foto de la pared llena de dardos. Lo único que le fastidiaba era

que se iba a ir de rositas. Intentó recordar algo en los tres años que había sido su esclava, pero lo único que le había parecido raro era lo que le había metido en esa situación. Un desfase en las cifras presupuestarias en el nuevo proyecto de construcción en Manhattan. El presupuesto designado a la electricidad de ese edificio había sido inflado. Y ella se había dado cuenta por

casualidad. Los presupuestos no los llevaba Charlene sino el departamento encargado del proyecto, pero Lewis los había solicitado para echarles un vistazo. El proyecto costaría cincuenta millones y el aumento en electricidad era una tontería en comparación con el monto total.

Aquel día sentada en su mesa, esperaba para salir a comer cuando

llegaron con el listado de gastos. Aburrida esperando a que Lewis saliera de una reunión, pasó las hojas y su mirada cayó en el gasto de electricidad. Tres millones de dólares. Por pura curiosidad sacó el presupuesto de otra obra que estaban llevando justo al lado de ese proyecto. Estaba presupuestado en otros cincuenta millones, pero el gasto de electricidad era un millón

menos. Sólo de dos millones. Le pareció rarísimo porque lo llevaba la misma compañía y cuando Lewis terminó la reunión, entró en su despacho con los dos proyectos en las manos.

Lewis no le dio importancia porque los materiales seguramente serían más caros, pero ella no se tragó una palabra. —¿Quieres que me asegure? —preguntó atenta a sus

reacciones.

—¡No! Deja ese asunto que ya tienes bastante trabajo. Vete a comer.

Parpadeó asombrada. —Tienes una reunión dentro de media hora. Íbamos a ir a comer al Il Ristorante con uno de los accionistas.

—Puedo ir solo. No te necesito.

—Lewis se levantó cogiendo su chaqueta y Charlene se mosqueó.

¡Llevaba esperando más de media hora!

—Lewis, ¿ocurre algo? ¿Todo va bien?

—¿Qué puede ir mal? — preguntó con su maravillosa sonrisa. Pasó a su lado y la besó en la mejilla—. Te veo luego.

¡Sería cabrón! Esa misma tarde la habían detenido en el despacho. El muy cerdo le había metido veinte mil

dólares en la cuenta y luego vino todo lo demás.

Primero llegó la rabia al darse cuenta que su guapo, inteligente y al que hasta ese día había creído el mejor jefe del mundo, la había metido en ese lío. No había mentido a su prima. Nunca había tenido nada con él y no porque él no lo hubiera intentado. Vaya si lo intentó, pero Charlene le había calado

desde el primer momento. Era un picaflor que nunca se comprometía con ninguna y ella no estaba dispuesta a perder su trabajo por un lío tonto de oficina.

Cuando al fin salió después de la fianza, se estrujó los sesos para intentar encontrar algo que pudiera ayudarla, pero no consiguió recordar absolutamente nada y al no poder

acceder a los ordenadores de la empresa, no tenía absolutamente nada. Pensó entrar a escondidas por la noche, pero seguro que habían cambiado las claves de acceso. Lewis no era tonto.

Pero si iba a tener que abandonarlo todo, si tenía que dejar su vida para empezar de nuevo, necesitaba hacer algo.

Entrecerró los ojos y corrió

hasta su bolso. Rebuscó impaciente y frustrada dio la vuelta al bolso para dejar caer todo su contenido. Sonrió viendo en el suelo, al lado de la barra de labios, algo que realmente necesitaba en ese momento. La llave del piso de su jefe en la Quinta Avenida.

Sería arriesgado, pero merecía la pena. Iba a recuperar sus cien mil dólares.

Al día siguiente esperaba sentada en su sofá la maldita llamada del abogado de Ryan. No se separaba del teléfono para no perder el tiempo. Mientras tanto, iba ideando su plan de huida y su plan de venganza. El de huida iba perfecto. En cuanto se casara, cambiaría el nombre en el pasaporte y

después saldría del país dirección Australia. Podía elegir también un país sin tratado de extradición, pero no le apetecía vivir en ninguno. Australia era un país de contrastes y no sería difícil perderse al otro lado del mundo.

El plan de venganza iba algo peor porque en casa de Lewis siempre había gente. Tenía servicio las veinticuatro horas y se preguntó cómo

podía hacer que salieran de la casa para hacer lo que tenía que hacer. Lo que sí que tenía claro, es que hiciera lo que hiciera, tenía que ser después de la boda. No fuera a ser que la policía la detuviera y el plan de huida se fuera a la mierda.

Si la boda no llegaba a término tendría que irse sin apellido nuevo vía Méjico.

Distraída estaba viendo una película cuando la protagonista golpeó la alarma de incendios. Charlene sonrió pensando que alguien ahí arriba le estaba echando una mano.

Una hora después se estaba haciendo la cena cuando sonó el teléfono. Dejó caer la sartén en el fregadero y corrió hasta el teléfono. —  
¿Diga?

—¿Señorita Postlewait?

—Sí, soy yo.

—Soy Adrien Williams y soy el abogado de Ryan Dawson.

—Oh sí, dígame.

—Debe presentarse pasado mañana a las diez de la mañana en el despacho del Juez Harrison. Le enviaré la dirección por mail. No se retrase. Traiga la partida de nacimiento, su

permiso de conducir y un testigo. Yo llevaré al otro.

—¿Ya está todo arreglado?

—El señor Ryan ha contactado conmigo y me ha enviado los poderes para actuar en su nombre. Me llegarán mañana, así que si todo va bien se casarán el jueves. También me enviará el billete de avión a su nombre y mil dólares para gastos. Se los entregaré

después de salir del despacho del Juez.

—Muy bien —susurró nerviosa  
—. ¿Para cuándo es el billete?

—Eso no lo sé. Lo siento,  
deberá preguntárselo usted.

No pensaba llamarle de nuevo.  
Ya lo averiguaría el jueves. Lo tendría  
todo listo.

—Muy bien, gracias. ¿Alguna  
cosa más?

—Señorita Postlewait... ¿Está segura de lo que está haciendo?

—Ehrrr... —Intentó buscar una excusa, pero no sabía lo que su prometido le había contado a ese hombre.

—Puede que sea una boda por poderes, pero sigue siendo una boda con todas las de la ley.

—Lo sé.

El abogado suspiró porque se dio cuenta que con ella no tenía nada que hacer. —Muy bien. Nos veremos el jueves.

—Gracias por todo, señor Williams. Hasta el jueves.

En cuanto colgó el teléfono, llamó a su prima. —Dime.

—El jueves por la mañana. Necesito un testigo.

—Iré contigo y te daré eso. Ya lo tengo preparado.

—Me envía un billete y dinero. Mil pavos para los gastos.

—Vaya... es generoso. ¿Tendrá dinero?

—A mí eso me da igual.

—Lo sé. Es una pena, ¿no crees? Igual es tu media naranja.

—En este momento no estoy para

naranjas. —Miró la llave de Lewis sobre la mesa al lado del ordenador. — Tengo otras cosas en que pensar.

—Me ocultas algo.

—Mejor que no te metas en esto.

—Uy, uy, esto tiene que ver con tu antiguo jefe.

—Pues sí. Ya te contaré.

—Ten cuidado. Como la cagues ahora ...

—Lo sé. Te quiero. Te llamo con los detalles.

—Corto y cierro.

Sonrió sin poder evitarlo colgando el teléfono. Esperaba que todo fuera bien.

No iba bien en absoluto. Se volvió de un lado a otro delante de la

puerta del juez Harrison esperando a su prima que no terminaba de llegar. ¿Dónde coño estaba? No le perdonaría que llegara tarde a su boda. Se miró el vestido blanco que llevaba. Se lo había comprado para unas vacaciones en un crucero y le quedaba precioso. Incluso ahora que había engordado unos kilos le quedaba bien por su corte cruzado en los pechos. Se apartó sus rizos rubios

girándose de nuevo por si llegaba por el otro lado del pasillo. Dos hombres de traje y con maletines se acercaron mirándola de arriba abajo.

Cuando llegaron hasta ella el más viejo sonrió. —¿Señorita Postlewait?

—Sí, soy yo.

El hombre alargó la mano. — Soy su abogado.

—Oh, señor Williams... Me alegro de conocerle. —Volvió a mirar a su alrededor. —No sé dónde está mi prima que...

Entonces su prima vestida de violeta apareció corriendo por el pasillo. Atónita vio que llevaba el vestido de dama de honor que había utilizado en la boda de una amiga.

—Por Dios, Rubi. ¿Qué llevas

puesto? —siseó haciendo reír a los caballeros.

—¡Es tu boda! No te ibas a casar sin dama de honor.

—Todo un detalle —dijo el abogado extendiendo la mano hacia Rubi—. Adrien Williams, abogado. Y él es Gill Monroy. También es abogado y será otro testigo del procedimiento.

—Me da la sensación que soy el

padrino —dijo divertido dándoles la mano.

—Gracias por su ayuda.

—Es un placer.

—¿Ha traído la documentación?

—Oh, sí. Abrió su bolso y sacó un sobre con todo lo que le había pedido. Aquí tiene.

—Muy bien. Pues vamos allá. —

El señor Williams sonrió de oreja a

oreja. —Nunca había participado en un matrimonio por poderes. Además, el juez está entusiasmado porque podremos conectar por Skype con el novio. Será como si estuviera aquí. No se perderá nada.

—¡Qué bien! —Miró a su prima levantando las cejas, pero Rubi se encogió de hombros sin darle importancia.

El juez que debía tener ochenta años y era delgado como un junco, se levantó en cuanto la secretaria abrió la puerta anunciándolos. —Oh, mi boda por poderes. Pasen, pasen. Ya estaba hablando con el novio por el ordenador. Estos adelantos tecnológicos son una maravilla. —Se acercó a ella dándole la mano. —Imagino que usted es la novia. Muy bonita. —Miró sus manos. —¿No

trae ramo?

—Con los nervios se me ha olvidado en casa —dijo mintiendo descaradamente.

El juez se echó a reír asintiendo.  
—Ah, este amor impulsivo. Su futuro marido está tan nervioso como usted. Harán una pareja maravillosa.

Se acercó al escritorio ignorando a los demás y giró el portátil.

La cara de su prometido la estremeció y le miró a los ojos que eran de un azul maravilloso. Él forzó una sonrisa. —  
Hola, Charlene.

—¡Ryan! ¡No te esperaba! —

Todos se echaron a reír y ella se sonrojó. —Bueno, ya me entiendes.

—Su prometido me ha explicado por qué no pueden casarse en Australia como tenían previsto. Es una pena que

su trabajo le impida reunirse con él de momento.

Charlene suspiró de alivio y forzó una sonrisa. —Ya sabe cómo está el trabajo.

El juez asintió. —Muy cierto.

—Aquí tiene la documentación, juez Harrison.

—Estupendo. —El juez estaba emocionadísimo y Charlene miró a su

prima asustada.

Rubi se acercó al portátil y sonrió radiante. —Hola, soy Rubi, la prima de Charlene.

—Es un placer conocerte.

—Esto es tan romántico —dijo soñadora dejándola con la boca abierta—. Estoy deseando conocerte en persona. Ya veo que eres muy guapo, pero...

—Rubi...—siseó Charlene—.

Deja que el juez siga hablando.

—Oh, perdón. —Se quitó del medio poniéndose a su lado y Ryan la miró sin perder detalle.

Sonrojada se volvió hacia la pantalla y susurró —La cámara engorda.

—Estás preciosa.

—¿Empezamos? —dijo el juez indicándoles que se acercaran a la mesa.

La secretaria cogió el portátil poniéndoselo en los brazos para que tuviera una perspectiva de la sala.

Ella miró hacia allí nerviosa mientras el juez hablaba y cuando le hizo la pregunta definitiva sus ojos volaron hasta los de Ryan antes de decir sintiendo que estaba cambiando su vida para siempre —Sí, quiero.

Ni siquiera escuchó las palabras

del señor Williams, pero las palabras del Juez entraron en su cerebro con fuerza. —Yo os declaro marido y mujer.

Rubi aplaudió al igual que los demás y Charlene forzó una sonrisa antes de volver a mirar a Ryan.

—¡Puede besar al novio! —dijo la secretaria encantada.

—¡Oh sí! —dijo Rubi indicándole con la mirada que lo

hiciera.

Mirándole a los ojos dijo —No será lo mismo.

—Da igual, nena. —Esas palabras le cortaron el aliento y se acercó al ordenador aun en manos de la secretaria acercando sus labios a la pantalla y besó sus labios en la imagen.

—Oh, qué bonito —dijo la secretaria emocionada.

Alucinada sonrió disimulando su disgusto por tener que hacer aquello y se volvió hacia los demás. —¿Ya hemos terminado?

—Firme aquí.

Al final firmaron todos para que estuviera bien atado y el juez le entregó los papeles a su abogado para que los revisara. —Felicidades.

—Gracias. —Se volvió hacia su

marido que seguía sin perder detalle. —

Hablamos luego.

—Llámame a las seis. Gracias a todos.

—Ha sido un placer —dijo el juez. Ryan asintió con la cabeza antes de cortar la comunicación. —Su marido es un hombre de pocas palabras —dijo el juez divertido—. Pero se nota que es una persona responsable.

—Lo es —dijo sin tener ni idea.

Le dio la mano al juez diciendo lo que le correspondía y sonriendo salieron de su despacho.

Ante la puerta del despacho el señor Williams sacó un sobre del maletín apoyándolo en un banco. —Aquí tiene su billete y el dinero para posibles gastos del viaje. Salimos mañana a las seis de la mañana. Quedaremos allí a las

cinco para facturar.

—¿Mañana? —preguntaron las dos a la vez sorprendidas.

—Sé que es precipitado y también me sorprendí un poco cuando mi cliente me comunicó que tenía que acompañarla. No me lo esperaba, la verdad. Al parecer no quiere que recorra medio mundo sola. Nos espera en el aeropuerto a su llegada. Él mismo

se encargará de llevarla a su nuevo hogar y le entregaré los documentos yo mismo. Todo un detalle, ¿no cree?

Asintió sin saber qué decir. —Es fantástico, Charlene —dijo su prima aparentando estar encantada—. Es un detalle precioso. Ha pensado en todo.

—Sí que lo ha hecho. Muchas gracias. Tengo que irme. Debo hacer mil cosas antes de mañana.

—Lo entiendo. —Le dio la mano satisfecho. —Nos vemos mañana.

—Hasta mañana.

Se volvieron para irse y su prima susurró —¿Qué vas a hacer ahora?

—No tengo ni idea. —Aceleró el paso. —¡No tengo ni el certificado de matrimonio! ¡Ni el permiso de conducir! ¡Se lo ha quedado él!

—Menudo lío. ¿Huyes por Méjico?

—¿Y que mi nuevo marido dé la voz de alarma porque no aparezco en el aeropuerto? Me empezarán a buscar antes de lo previsto y me cogerán en la frontera de Méjico.

—Entonces no te queda otra opción.

—¡Genial! O me voy a Australia

con un desconocido o voy a la cárcel.

¡Mis opciones son la leche!

—Antes sólo tenías una opción.

—Cierto. —Gruñó saliendo del edificio. —Lewis me habrá jodido la vida, pero de esta se va a acordar. Vaya que sí.

## Capítulo 3

A las seis de la tarde marcó el número de teléfono de su marido y la verdad, después de haberlo pensado

mucho, se dio cuenta que estaba claro que no se fiaba de ella. ¡Menuda manera de empezar un matrimonio!

Se puso el teléfono al oído y esperó. —Hola Charlene.

—Al parecer tengo niñera.

—¿Qué esperabas? ¿Que nos íbamos a casar y que te iba a dar dinero para que luego me dejaras tirado? Al menos merezco una oportunidad.

—No pensaba dejarte tirado —

dijo mintiendo descaradamente.

—Ahora seguro que no. Pero al parecer aun tienes el pasaporte. De todas maneras, no puedes usarlo porque como no te presentes en el aeropuerto me voy a cabrear un montón. Sabes lo que es el fraude, ¿verdad?

—Lo sé muy bien —siseó

furiosa—. ¡Si no te fías de mí, no sé por

qué te has casado conmigo!

—No es que no me fie. Soy precavido.

—Oh por Dios, ni que fuera un millón de pavos. Eres un paranoico.

—Paranoico, ¿eh? Igual tienes razón. Todavía estoy pensando por qué una mujer preciosa como tú se casa con un desconocido —dijo irónico—. Debe ser esa vena paranoica, pero no se me

quita de la cabeza.

—¡Lo mismo digo! Porque tú no eres precisamente feo.

—Nena, hay muchas cosas que no conoces de mí que me han llevado a tomar esta decisión. Pero las descubrirás muy pronto. —Esas palabras le pusieron los pelos de punta, pero decidió no profundizar en el asunto.

—Tengo que colgar. Tengo que hacer el equipaje.

—Trae todo lo que necesites. Quiero que estés cómoda. Si necesitas algo cómpralo, porque mi casa no está cerca de las tiendas y esas cosas.

—Muy bien.

—Y compra unas botas de esas de agua.

—¿Unas botas de agua? ¿Para

Australia? Pensaba que ahí hacía mucho calor.

—A veces llueve—dijo divertido—. Llueve mucho.

—Ah... Muy bien. A ver si las encuentro porque estamos en verano, ¿sabes?

—En cualquier centro de ferretería las tienen. Compra unas buenas y tráete vaqueros. Aquí los

vestidos no los vas a usar mucho.

—Me lo estás poniendo mejor por momentos.

—Esto lo tenías que haber preguntado antes, preciosa. Ahora ya es tarde. Te veo pasado mañana. Que tengas buen viaje.

—Gracias —dijo irónica antes de colgar.

Se quedó mirando el teléfono

inalámbrico unos minutos pensando en que no tenía otra opción. ¿Y si iba al aeropuerto y se iba a otro sitio? Se podía ir ahora mismo y cuando él supiera al día siguiente que se había ido, ya no la podría pillarla. Suspiró pasándose las manos por la cara. Por supuesto que la pillarían. Mirarían el registro de los vuelos y la pillarían. Su oportunidad era esta. Pasarían semanas

hasta que se dieran cuenta en el juzgado que se había ido y ya lo la encontrarían porque no revisarían las listas de pasajeros de tantos días atrás. Además, si supieran que había viajado a Australia, no la relacionarían con su matrimonio y su nuevo apellido allí. Apartó las manos de la cara para encontrarse la llave de Lewis sobre la mesa y dijo para sí —Charlene, tienes

otra cosa que hacer antes de abandonar el país.

Después de comprar las botas y un pasamontañas en una tienda de deportes, volvió a casa y se vistió de negro. Esperó hasta que fuera de noche y cogió la llave. Fue sencillo entrar en el edificio porque el portero salió un

momento para abrir la puerta del coche a uno de los vecinos del inmueble. Con el cabello cubierto por el pasamontañas como si fuera un gorrito, se tapó la cara con la mano antes de llegar a la cámara que sabía que había en el hall y fue hacia las escaleras. Subió hasta el sexto piso y ante la puerta contra incendios que separaba las escaleras del pasillo se puso los guantes y se bajó el

pasamontañas. Salió al pasillo y se acercó a la alarma de incendios. Cogió la llave y tomó aire mirando la alarma. Golpeó la alarma, bajando la palanca y corrió hasta la puerta del piso de Lewis ignorando el insistente ruido de la sirena. Abrió la puerta, cerrándola a toda prisa y escuchó voces en el salón. Charlen abrió la puerta del armario y se metió dentro dejando una rendija.

—¡Vamos, vamos! —Escuchó  
que gritaba Lewis. —¡No podemos  
bajar por el ascensor!

—Ya voy, cariño

Una rubia pasó ante ella  
subiéndose la cremallera de un vestido  
rojo mientras Lewis gritaba al interior  
—¡Daos prisa! ¡Dejar eso! —Mira  
cómo se preocupaba. Lewis gritó —  
¿Queréis correr de una puta vez? —

Vaya. Hay que controlar los nervios en una situación de estrés.

Pasaron ante ella una mujer en camisón y un hombre. El mayordomo y la cocinera. Lewis casi les empujó para que salieran y cerró la puerta de un portazo.

Charlene sonrió y abrió la puerta a toda prisa para correr hacia el despacho donde había estado mil veces.

Se detuvo en seco al ver el ordenador encendido. Dios no podía tener tanta suerte. Rodeó el escritorio y movió el ratón para quitar el salvapantallas. ¡Bingo! ¡Estaba conectado al de la empresa! Abrió el cajón superior derecho y encontró una memoria portátil. Conectó el USB y seleccionó todos los archivos y pasándolos al USB. Tardaría un rato, así que mientras

tanto... Levantó la vista al cuadro de la pared. Era un cuadro de un millón de dólares, pero a ella no le interesaba eso. Apartó el cuadro y sonrió al ver la caja de seguridad. Dos años antes la había enviado a recoger a aquella caja unos documentos y recordaba la combinación muy bien. Cinco, quince, veinticinco y cincuenta y cinco. Estaba a punto de pulsar los botones cuando algo la

detuvo. No se esperaba que el ordenador estuviera encendido. ¡Tenía una posibilidad! Si le cogía el dinero que tenía en la caja, se enteraría de que habían entrado y puede que borrara sus pruebas. Cerró el cuadro y volvió al ordenador para coger el disco duro. ¡No recordaba donde estaba trabajando! Pensando rápidamente fue hasta el enchufe y lo desconectó. Contó cinco

segundos y volvió a conectarlo como si se hubiera ido la luz. Dejó todo en su sitio excepto el USB que se metió en el bolsillo trasero del vaquero y corrió fuera del despacho. Antes de abrir la puerta, intentó escuchar si había alguien al otro lado, pero era imposible saberlo con aquel ruido.

Estaba a punto de salir cuando escuchó al otro lado —¡Aquí no hay

nada! ¡Falsa alarma!

En ese momento dejó de sonar la alarma y escuchó pasos al otro lado que se acercaban a la puerta. Se le cortó el aliento y nerviosa se metió de nuevo en el armario. Asustada por si la pillaban, decidió esperar para que no encontrarse a los bomberos al salir, pero debió quedarse allí demasiado tiempo porque se abrió la puerta y Lewis entró furioso.

—¿Quién sería el chiflado que ha pulsado la alarma?

—Cariño, a mí me pasó una vez en mi apartamento —dijo la rubia entrando en el hall tras él y abrazándolo por el cuello—. ¿Qué tal si lo olvidamos y seguimos con lo nuestro?

Lewis sonrió acariciando sus caderas mientras el servicio pasaba discretamente a su lado. Su antiguo jefe

besó a la mujer que suspiró entre sus brazos. Charlene chasqueó la lengua sin darse cuenta y abrió los ojos como platos cuando Lewis se apartó de la mujer. —¿Has oído eso?

—¿El qué?

—No sé.

—Cariño, necesitas relajarte — dijo sensualmente llevando la mano a la cremallera de su costado—. Déjame a

mí. Un masaje es lo que necesitas.

Lewis la cogió en brazos haciéndola reír y debió llevarla al salón porque escuchó las risas de la rubia un rato hasta que después sólo escuchó gemidos. ¡Serían exhibicionistas! ¡Podían hacer eso en la habitación! Mierda, ¿qué hora sería? Como llegara tarde al aeropuerto por su culpa... Se mordió el labio inferior impaciente y

abrió la puerta muy suavemente. Llegó a la puerta principal para abrirla lentamente. Salió del piso de Lewis cerrando tras ella y suspiró de alivio antes de ir hacia las escaleras. No se escuchaba nada y se acercó a la barandilla por si los bomberos aún estaban por allí. Nada. Ahora tenía que pensar en salir sin ser vista. Al llegar abajo abrió la puerta para ver el hall. El

portero estaba tras el mostrador hablando por teléfono. Parecía indignado por las protestas de los vecinos.

Tardó más de media hora en colgar el teléfono después de desahogarse con su mujer. Después cogió una revista y se sentó en su silla hojeándola. ¡Mierda, mierda! Pasó una hora más y angustiada abrió un poco más

la puerta para verle mejor. ¡Estaba durmiendo! Lentamente salió al hall y caminó sin hacer ruido agachándose cuando llegó al mostrador para caminar a gatas. Un ronquido le indicó que no se despertaría. Sin levantarse para que no la viera desde su sitio, llegó a la puerta y alargó la mano para empujarla. Se levantó a toda prisa para salir de allí como alma que lleva el diablo

quitándose el pasamontañas.

No dejó de correr hasta que llegó a su apartamento y se quitó la ropa para darse una ducha rápida. Se puso unos vaqueros y una camiseta de tirantes blanca. Se puso una gorra que le habían regalado en el supermercado de color azul y cogió sus maletas colgándose el bolso en bandolera después de guardar el USB en la funda del portátil.

—Lista para empezar de nuevo.

Salió del apartamento pensando que el casero recuperaría su dinero vendiendo todo lo que era suyo. Había dejado casi toda su vida allí. Recuerdos, libros ropa y muebles. Sólo se llevaba dos maletas y el ordenador. Eso era suficiente. Hasta el teléfono móvil dejaba allí. Se había aprendido los números importantes de memoria para

no tener que llevárselo.

Llegó al aeropuerto a las cuatro y media de la mañana. Estaba tan nerviosa por lo que había hecho que no tenía nada de sueño. Sentada en un banco, esperó a su abogado con su pasaporte y el billete en la mano. Esperaba que no la detuvieran al subirse

en el avión. Eso era lo que más la preocupaba en ese momento.

Se levantó nerviosa cuando vio llegar al abogado. También llevaba ropa informal y tenía una cara de sueño que no podía con ella. Llevaba con él una pequeña maleta y por cómo la miró se notaba que no le gustaba madrugar.

—¿Un cafecito?

—¡Sí, por Dios! No me

levantaba a esta hora desde que entré a trabajar en el bufete y me explotaban a todas horas.

Ella se echó a reír. —Venga, que invita mi maridito.

Adrien sonrió. —Te aseguro que se lo voy a cobrar en la minuta.

—No lo dudo.

Pidieron unos cafés y unos bollos que ella devoró. Adrien la miró

divertido. —¿No has comido?

—De los nervios. —Bebió de su café sonrojándose. —Además tenía un montón de cosas que hacer.

—Me lo imagino —Se la quedó mirando. —¿Estás enamorada de él? — Se puso aún más colorada. —Perdona, no es problema mío.

—Quería casarme y él es perfecto.

—Ten cuidado, Charlene. La vida puede darte un millón de sorpresas. Puede que no sea lo que esperas.

—Entonces me divorciaré y listo —dijo en broma.

El abogado hizo una mueca. — ¿Sabes lo que más me ha sorprendido de todo esto?

—Ni idea.

—¿Por qué un hombre con su

aspecto, que al parecer tiene un negocio, se casa con una mujer a la que nunca ha visto en persona sin hacer un acuerdo prematrimonial?

—¿Quieres que te lo diga? — preguntó divertida—. Porque no tiene donde caerse muerto.

—Puede pagarme a mí y te aseguro que no soy barato. Además de los billetes y tu dinero... No sé. Todo

esto no me gusta. Tengo una hija de tu edad. Ten cuidado.

—Ryan cuidará de mí —dijo no muy convencida.

—Eso espero.

No hablaron mucho más porque en cuanto se subieron al avión fue como si a Charlene le hubieran dado un

sedante. Durmió todo el camino. Se quedó tan grogui que su abogado tuvo que darle palmaditas en la mejilla para que se despertara. Gimiendo se pasó la mano por los ojos corriéndose todo el rímel. —¿Ya hemos llegado?

—Duermes como una marmota —dijo Adrien asombrado—. ¡No te has movido en doce horas!

Se encogió de hombros. —Así

me he ahorrado el viaje.

—Afortunada tú. Yo tengo que volver —dijo hecho polvo.

Salieron del avión y fueron hasta la cinta de equipajes. Necesitaba ir al baño, así que le dejó las maletas a Adrien y corrió hasta allí. Después de usar el baño, salió hasta los lavabos y casi grita del susto al ver su aspecto. Parecía una loca. Hasta tenía baba

reseca en la comisura de la boca. Abrió el grifo y se lavó la cara con energía. Sólo le faltaba encontrarse con su marido con esa pinta.

Se maquilló ligeramente y se peinó como pudo. La gorra le había dejado el cabello hecho un desastre. Cuando terminó casi tenía buen aspecto. ¿Querría un beso de bienvenida? Echó el aliento sobre la palma de la mano y

comprobó si estaba bien. Hizo una mueca y se enjuagó la boca. Poniéndose nerviosa se pasó la mano por el vientre antes de salir de nuevo. Su abogado ya tenía su maleta y corrió al ver cómo recogía una de las de ella. Le ayudó a sacarla y tres metros más allá venía la otra.

—Ya está.

—Bien, entonces vamos a

conocer a su marido. —Le guiñó un ojo al ver que perdía algo de color. ¿Y si era un psicópata o un asesino en serie? Definitivamente no había pensado en aquello con detenimiento.

Caminaron hasta la salida y un policía la detuvo sobresaltándola. El policía la miró de arriba abajo. — Pasaporte.

—Sí, claro.

Lo buscó en su bolso y lo sacó a toda prisa. Se puso tan nerviosa que lo dejó caer antes de entregárselo y Adrien se echó a reír. —Se va a encontrar con su marido y está de los nervios.

El policía muy serio abrió su pasaporte. —¿Su marido es australiano?

—Sí.

—¿De qué parte?

Madre mía. ¿Y ella qué sabía?

Nerviosa miró al abogado que sonrió sin darle importancia. —Tiene un nombre muy raro. Espere. —Sacó los papeles de su maleta y se los entregó al policía. —  
¿Ve? Está casada con Ryan Dawson.

—¿Y no sabe dónde vive su marido?

—Es que nunca he estado allí —dijo con sinceridad—. ¿Hay algún problema por eso? ¿Debería haber

venido antes de casarme?

—No, claro que no. —El policía sonrió divertido. —Son preguntas de rutina. Así que su marido es de Kalgoorlie.

—Eso —dijo Adrien.

—Lo siento. Seguro que me ha dicho el nombre, pero no se me queda.

El policía se echó a reír. —Creo que a partir de ahora se le quedará. —

Le entregó el pasaporte. —Bienvenida a su nuevo hogar.

—Gracias.

Casi temblando salió de allí tirando de sus maletas y Adrien la miró divertido. —Todavía me sorprende lo nerviosa que se pone la gente al hablar con la policía.

Como se enterara de que estaba huyendo sí que se iba a sorprender.

Entonces se detuvo en seco al ver ante ella a un tipo enorme. Debía medir casi más de uno noventa, pero lo que la sorprendió fue que bajo su camiseta gris se marcaban cada uno de sus músculos. Y tenía unos pectorales increíbles. Levantó la vista hasta sus ojos y él hizo un gesto apenas imperceptible con la cabeza para que se acercara. Nerviosa tragó saliva acercándose a él sin dejar

de mirar esos fantásticos ojos azules.

—Charlene...

—Hola, Ryan.

La cogió por la cintura sorprendiéndola y la pegó a él sin dejar de mirarla. Se sujetó en sus hombros con los ojos como platos y Ryan sonrió. — Estás temblando.

—Ehh... —Sin saber qué hacer miró sus labios sintiendo que todo su

cuerpo reaccionaba a él. ¡Dios mío, aquello era increíble! ¡Tenía un marido que estaba para comérselo!

Ryan se echó a reír. — Bienvenida a casa, señora Dawson. —Y la besó. Vaya si la besó. Saboreó sus labios de tal manera que la hizo gemir y al abrir la boca, él aprovechó para entrar en ella para volverla loca de deseo cuando entrelazaron sus lenguas.

Fue él quien se apartó, porque ella estaba tan inmersa en lo que sentía que acarició su cuello queriendo más. Ryan se echó a reír y miró al abogado. —Al parecer está contenta.

—Y no es para menos —dijo el abogado impresionado también mirando hacia arriba—. ¿Qué comes, chico?

Ryan sonrió divertido. —De momento como fatal. —Sin soltarla miró

a Charlene. —Nena, dime que sabes cocinar porque si no me pego un tiro.

Se puso como un tomate. No es que lo hiciera mucho, la verdad. Pero podía aprender. —Puedo intentarlo.

—Eso está bien. —La dejó en el suelo y le dio la mano al abogado. — Bienvenido a Australia.

—Ha sido un viajecito...

—Me lo imagino, pero la quería

aquí cuanto antes. Tiene habitación reservada en el Flowers. Por supuesto los gastos corren de mi cuenta hasta mañana que tiene el vuelo de vuelta.

—Perfecto. —Le dio un sobre.

—Ahí tiene toda la documentación. —

Miró a Charlene. —Te deseo toda la felicidad del mundo.

—Gracias. —Se alejó de su marido algo avergonzada para volver a

coger las maletas. —Ha sido muy amable.

—No es nada. Al menos hoy conoceré algo de Perth.

—Nos tenemos que ir. Una avioneta nos está esperando —dijo Ryan quitándole las maletas de las manos.

—Lo entiendo perfectamente.

—Gracias por todo. Envíeme la factura cuanto antes. —Ryan se volvió

para salir del aeropuerto

Adrien sonrió y le guiñó un ojo a Charlene, que forzó una sonrisa antes de tener casi que salir corriendo para alcanzarle.

—Date prisa —dijo más serio—. No puedo dejar el rancho solo más de cuatro horas.

—Sí, claro. —Le miró de reojo mientras casi tenía que correr para

seguir su ritmo. —¿Está muy lejos tu casa?

—Tardaremos una hora en llegar entre una cosa y otra.

—Genial, estoy deseando darme una ducha.

Él la miró de reojo. —¿Una ducha? Espero que no te importe tener que ducharte con agua fría.

—¿Se te ha estropeado la

caldera?

—Sí, algo así.

Charlene sonrió. —No importa.

Muchas veces me ducho con agua fría.

Es bueno para el riego sanguíneo.

—Me alegro. Así no lo notarás tanto.

Salieron del aeropuerto y la subió a un taxi. Estuvo hablando con el taxista mientras metía las maletas en la

parte de atrás. Ella se sentó en el asiento trasero mientras tanto y dos minutos después él se sentaba a su lado. La miró de reojo. —¿Estás cansada?

—He dormido todo el camino.

—Perfecto, porque necesito que me ayudes en algo cuando lleguemos. Será mejor que lo hagamos antes de esa ducha.

—Oh, por supuesto. Te ayudaré

en lo que sea. —Sonrió intentando relajarse y él le cogió una mano. —Vaya, tu mano es enorme —dijo sin poder evitarlo.

Ryan asintió abriendo la suya y acariciando la fina piel. Hipnotizada vio como pasaba su pulgar por la palma de la mano hasta llegar final de su dedo anular. —No tienes anillo.

—No pasa nada —dijo

sonrojándose—. De todas maneras, nunca me los pongo.

Él apretó las mandíbulas antes de soltarla. Se quedó meditabundo un rato y ella casi lo agradeció. La impresión de verle la había dejado algo alelada. Le miró de reojo ¿Por qué un tipo así necesitaba una esposa por poderes? Algo olía mal. Algo olía muy mal.

## Capítulo 4

Y vaya si olía mal. Después de un viaje horrible en una avioneta que estaba totalmente destrozada y que

llevaba él, sus nervios estaban a punto de explotar. Había pensado que moriría al menos trescientas veces y cuando al fin llegaron, les esperaba un jeep que no estaba en mejores condiciones. Estaba claro que no le sobraba el dinero.

Pero lo que la dejó realmente de piedra fue la casa. Después de dar tumbos por esos caminos porque iba a cien por hora la vio a lo lejos, pero no

se imaginaba que era su casa hasta que se detuvo ante ella. Tenía la madera oscura del abandono y era realmente pequeña. Un camino de piedra llevaba a la casa, que estaba rodeada por una valla metálica oxidada. Su suponía que debería haber jardín, pero sólo había tierra árida. La casita que sólo tenía dos ventanas a ambos lados de la puerta era una auténtica ruina y se preguntó si tenía

electricidad.

Se volvió hacia Ryan que no se perdía detalle y forzó una sonrisa. —  
¿Esta es tu casa? —preguntó con unas ganas enormes de que dijera que no.

—Me acabo de mudar.

—¿En serio? ¿Y tienes internet?

—No. Contactamos desde la casa de mi hermana, que está a veinte kilómetros de aquí. Estrenamos nuestra

casa los dos juntos.

Menudo honor. Se bajó del jeep y gimió cuando pisó una caca enorme con sus impecables deportivas blancas. Él al verlo hizo una mueca. —Dicen que da suerte.

—¿No me digas? —siseó acercándose a un pedacito de hierba e intentando limpiar la deportiva antes de entrar en la casa. Uff, cómo olía.

Entrecerró los ojos mirando a su alrededor—. ¿Qué es eso?

—¿El qué?

Se volvió a girar y un olor asqueroso llegó hasta ella. —¿La fosa séptica está llena?

—No lo creo. —Cogió las maletas y abrió la valla para caminar por el empedrado. Era ridículo verle entrar en aquella casita.

Una ráfaga de aire pasó a su lado y se tapó la nariz. Dios, era asqueroso.

A toda prisa cogió su ordenador y su bolso para seguirle al interior de su palacio. Dejó caer la mandíbula al ver que por dentro no estaba mejor. La madera al descubierto ni siquiera estaba barnizada y el suelo no tenía siquiera una alfombra. Un camastro de madera de buen tamaño, una pequeña cocina y una

mesa con dos sillas era todo su mobiliario. ¡Aquella era la casa de los horrores! Se giró buscando el baño y casi llora del alivio al ver una puerta al fondo. Fue hasta allí casi corriendo y cuando la abrió chilló al ver la parte de atrás del árido jardín. Se volvió asustada. —¿Dónde está el baño?

Él pareció avergonzado. —

Todavía no he podido hacerlo. Tendrás

que hacer tus cosas fuera. Si quieres ducharte hay una manguera detrás.

Le miró con los ojos como platos. —¿Perdón?

Ryan suspiró. —No tengo dinero para arreglar la casa de momento. ¿Crees que podrás arreglártelas?

Preocupada se acercó a él. —¿Y el dinero que me mandaste? ¿Y el abogado y todo lo demás?

—De mis ahorros. Pero hasta que no venda algo de ganado estamos pelados.

Atónita se dejó caer en el camastro y susurró —¿Qué ocurre, Ryan? ¿Estamos en problemas?

Él apretó los labios molesto desviando la mirada. Parecía avergonzado. —¡No! Bueno, de momento no. Acabo de empezar en el

negocio y he gastado más de lo que pensaba al comprar las tierras y todo lo demás. —Estaba claro que en la casa no se había gastado ni un dólar. —Hasta que no pueda vender el ganado, debemos ajustarnos un poco.

—Entiendo. —Se acercó al bolso preocupada porque tampoco quería abusar de él y sacó los novecientos cuarenta dólares que le

quedaban de su dinero. —Aquí tienes.

Él frunció el ceño. —Nena, no tienes que dármelos. Puedes necesitar dinero...

—Toma, es tuyo. Tú sí que puedes necesitarlo para algo. —Dejó el dinero sobre la mesa y miró a su alrededor. Dios, ¿qué iba a hacer allí? Asustada se volvió. —¿Tenemos luz?

—Sí. Luz sí que tenemos. —Él

caminó hasta la pared de madera y giró un saliente. —Mira, aquí tienes el armario.

Se quedó mirando lo que él llamaba armario. Era una barra de cuarenta centímetros que ya tenía colgadas dos camisas y dos pantalones vaqueros.

—Madre mía. Me estoy mareando.

Él se acercó a toda prisa. —Es algo temporal. Dos años como mucho.

Le miró como si estuviera mal de la cabeza y ese olor llegó hasta ella de nuevo. —Dios mío, ¿a qué huele?

—Es la piara.

—¿Piara?

—La piara de cerdos. Están a dos kilómetros, pero al ser dos mil ejemplares huelen un montón. Cuando el

viento venga del este, cierra la ventana.

Eso sí que la dejó paralizada. —

¿Tu rancho es un rancho porcino?

—También tengo ovejas. Pero esas están al sur.

Aquello tenía que ser una broma.

¡Una broma muy pesada! ¡Iba a matar a Rubi!

Al ver su cara se tensó incorporándose y entrecerró los ojos. —

No pareces muy contenta.

—¿No me digas? —Perdió los nervios del todo. —Será porque no tengo ni dónde mear a gusto.

—Teniendo en cuenta que te iban a echar de tu casa, creo que no está tan mal —dijo fríamente—. Ahora mueve el culo, que tenemos que dar de comer a los cerdos.

Atónita lo vio ir hacia la puerta

de salida. —¿Ahora?

—Tienen que comer porque sino no engordan y no los puedo vender — respondió como si fuera idiota—. ¿Quieres darte prisa? ¡Hay mucho que hacer! —le gritó desde fuera.

Suspiró levantándose. Le daba la sensación que su nueva vida iba a darle muchas sorpresas.

Salió de la casa y cerró la

puerta. —¿No cierras con llave?

Cabreado la fulminó con la mirada. —¿Quieres subir de una vez?

Corrió por el empedrado hasta el jeep que ya había arrancado y casi se la lleva por delante antes de que consiguiera sentarse. Le miró con los ojos como platos. Ese tío tenía dos personalidades. Una la que le había recogido en el aeropuerto. Agradable,

sexy y atento. Pero esa no era la que le preocupaba. Le preocupaba la que estaba viendo en ese momento, porque Ryan cuando se cabreaba te dejaba temblando con una mirada. ¡Y para confundirla aún más, esa personalidad la había excitado un montón! Le miró de reojo mientras intentaba sujetarse en el salpicadero. Y se le pasó por la cabeza cómo sería haciendo el amor. ¿Qué

personalidad dominaría la situación?  
¿Sería atento o sería una bestia que le arrancaría las bragas tumbados sobre ese asqueroso suelo de madera? Uff, su mano tembló al pasársela por la frente. Le estaba subiendo la temperatura de manera alarmante.

Vieron la nave desde lejos y era enorme. —¿Están ahí?

—¿Tú qué crees?

—Sólo era una pregunta.

Tampoco hace falta que seas tan borde.

Nunca he estado en una granja.

—Esto no es una granja, nena. Es un rancho.

Entrecerró los ojos y dijo irónica —Uy, perdona. Un rancho. ¿Para ser un rancho no debería haber una edificación que al menos tuviera baño?

Él apretó el volante. —Esto es

lo que hay. Si no quieres quedarte, después te llevo a la ciudad y buena suerte.

Le miró asombrada. Se había tomado la molestia de que el abogado la llevara hasta allí y ahora la largaba. No, eso sí que no. Al menos hasta que le hubiera proporcionado un orgasmo. ¡No se iba de allí sin catarlo!

Ryan frenó en seco ante la nave y

saltó del jeep. Debía reconocer que para alguien de su tamaño se movía con agilidad. Madre mía, estaba enferma. Intentando ignorar el olor, bajó del coche siguiéndole. Había entrado por la enorme puerta y alucinada miró a su alrededor. Cerdas enormes estaban en unos cercados con sus crías. Y había al menos cien. Al contar las crías que tenía cada una, se dio cuenta que debía haber

más de mil cerdos en aquel sitio por lo menos.

—Charlene... vamos, que tenemos mucho trabajo.

—Sí, claro —susurró alucinando. Jadeó al ver a una madre con unos cerditos pequeñitos y eran un montón—. ¡Dieciocho! ¡Tiene dieciocho!

Él se volvió molesto. —¿Y qué?

—¿No son muchos?

—Pues sí y seguramente mañana encontraremos a varios muertos.

—¿Y eso por qué?

—Porque no tiene bastantes tetas para todos.

—Pues les damos biberón. ¿No se puede hacer eso?

—Nena, les estarías dando biberón a todos los sobrantes durante

todo el día. Los que sobreviven, bien, y los que no, pues es una pena porque me vendrían de perlas.

—¿Les dejas morir? —preguntó escandalizada.

—¡Mira a tu alrededor! ¡Tengo más de mil cerdos sólo aquí y otra piara fuera en el campo! ¡No puedo ir detrás de los lechones con un biberón! ¡Bienvenida a la vida real!

Se mordió el labio inferior mirando a su alrededor antes de preguntar —¿No tienes ayuda?

—Ahora sí.

Abrió la boca asombrada, pero él levantó la mano y se la cerró. —Hay moscas. —Se volvió dejándola allí de pie antes de gritar —¡Mueve el culo! ¡Todavía tenemos que ir a darle de comer a los otros!

Corrió hasta él. —¿Y no hay otra manera?

—Puedes ponerlos con otra madre que tenga teta libre, pero puede tomárselo mal y matarlo también. —Le señaló una cerda que estaba sola. —Esa tiene que parir mañana.

—¿Cómo lo sabes?

—Tres meses, tres semanas y tres días. Más o menos. No es una

ciencia exacta.

—¿Y cómo sabes cuándo lo hicieron? —preguntó llegando al final y viendo como el abría una llave de paso.

—Porque se las insemina.

—No fastidies. ¿No las dejas pasárselo bien?

—Algunas se quedan preñadas solas, pero intento controlar sus partos.

—Señaló unos sacos. —¿Ves eso de

ahí?

—Sí, claro. —Era una pila enorme que llegaba hasta el techo.

—Pues ... —Se acercó a un bidón enorme de plástico y abrió la tapa. —Esta es la comida de las madres. Coges esto...—Le enseñó una paleta de plástico. —Y le echas esta paleta en cada uno de los comederos mientras voy cortando algunos dientes para que no

dañen las tetas de la madre. —Le tendió la paleta y ella la cogió. —Usa el cubo para no dar viajes de más.

Cogió unos alicates como los de la manicura y entró en uno de los cercados cogiendo a un cerdito y abriéndole la boca. Palideció al ver cómo con los alicates le cortaba los dientes a toda prisa antes de coger al siguiente. No sabía si era el calor, el

fuerte olor o ver el pequeño dientecito en el alicate, pero puso los ojos en blanco antes de caer hacia atrás a plomo perdiendo el sentido.

Una palmadita en la mejilla la sobresaltó y gimió al ver a Ryan sobre ella con el ceño fruncido. —¿No serás una delicada florecilla de ciudad, verdad?

—Pero qué romántico eres... —

siseó apoyándose en sus codos.

—Ah, ¿pero tenía que ser romántico? Pensaba que sólo te habías casado conmigo porque no tenías dónde caerte muerta.

—Y porque estás bueno. No lo olvides.

Él gruñó levantándola por la cintura, agachándose de nuevo para ponerle la paleta en una mano y el cubo

en la otra.

Dios, ¿qué había hecho? Gritó interiormente viéndole meterse de nuevo en el recinto. Sin querer verlo, fue hasta el depósito para cargar el cubo. Decidió empezar por el final. Madre mía, qué trabajo. Cuando estaba por la mitad ya estaba deslomada de cargar con el calderito. Se dio cuenta que al abrir la llave de paso, los depósitos de agua de

los bebederos se iban llenando. Menos mal porque llenar uno por uno era lo que menos le apetecía.

Ryan estuvo de un lado a otro todo el tiempo haciendo cosas y al mirarle de reojo mientras llenaba el comedero le vio trasladar a los cerditos sobrantes a varias cerdas. Sonrió sin poder evitarlo y terminó su trabajo rápidamente. Cuando terminó le vio

cerrar la llave del agua y comprobó su trabajo. —Bien, vamos.

Hala, ni buen trabajo, ni nada por el estilo. Aquello podía considerarse la luna de miel del siglo. Se subió al coche y él condujo un kilómetro más hasta una zona cercada.

Los cerdos se acercaban a la valla y acojonada por si la derribaban no se bajó del coche. —Ven...

—Una vez escuché que una mujer para deshacerse de su marido asesinado lo tiró a los cerdos. —Abrió los ojos como platos. —Se lo comieron.

—Pues sí.

Le miró asombrada. —¿De verdad?

—Puede pasar.

—Yo no me meto ahí —dijo asustada.

Él hizo una mueca. —No hace falta.

Vio como cogía uno de los sacos que había cargado en el jeep y empezaba a llenar los comederos que estaban colocados en el suelo al otro lado de las vallas. Sólo tenía que tirarlo por encima de la valla, eso era fácil. Se puso al volante y condujo rodeando el enorme cercado. —¿Y el agua? —gritó desde el

volante.

—Tienen un depósito en el centro que les dura una semana. ¡Joder!

Se volvió hacia donde estaba y siguió su mirada. A unos diez metros había un cerdo tumbado y no tenía buena pinta. Cuando vio sus intenciones chilló

—¡No entres ahí!

—Tengo que ver si está muerto.

No pasará nada, no seas histérica. No

son jaguares. Son cerdos.

Sonrojada le vio saltar la valla y los cerdos ni se movieron, entretenidos comiendo el pienso. Ryan se acercó al cerdo arrodillando una pierna a su lado para tocar su vientre.

Ella puso cara de asco. No iba a comer carne de cerdo nunca más. Ryan miró a su alrededor y le vio caminar hasta alejarse bastante. Preocupada se

puso de pie sobre el asiento para mirarle. Estaba al lado del depósito. ¿Le pasaría algo al agua? Ryan volvió caminando y cuando saltó la valla la miró. —Nena, tenemos que sacarlo.

—¿Qué? ¡Que se lo coman!

—No puedo dejarlo ahí porque si se descompone puedo perder toda la piara. Meteremos el jeep y lo ataré al coche. Lo arrastraremos hacia el foso y

listo.

Le miró con desconfianza. —Y luego nos iremos a casa.

—Luego nos iremos a casa.

—Bien, pero no me bajo del coche.

—No te bajarás del coche.

Él le indicó por dónde tenía que meter el coche y Ryan abrió la valla para cerrarla a su paso. Ryan se sentó a

su lado y Charlene condujo acojonada imaginándose una manada de cerdos persiguiéndoles para devorarlos. Cuando llegaron al lado del cadáver, Ryan se bajó y cogió una cadena fina que tenía en la parte de atrás.

Mirando a su alrededor muy inquieta vio a través del retrovisor un enorme cerdo acercándose lentamente a la parte de atrás del coche. —¿Ryan?

—Enseguida termino —dijo con esfuerzo.

—¡Ryan, se acerca uno!

—No pasa nada. Es el gran Big.

—¿Les pones nombre?

—A los especiales sí.

El cerdo pasó a Ryan y se acercó al coche. Al ver que olfateaba su puerta, pegando su asquerosa nariz llena de mocos a la ventanilla que en ese

momento estaba bajada, chilló de miedo acelerando a tope.

—¡Charlene!

Ella gritó al ver que se dirigía a un montón de cerdos y giró derrapando para frenar en seco ante el depósito de agua. —Por los pelos —dijo con el corazón a mil.

Algo apareció a su lado y gritó cubriéndose la cara con las manos. —

¡Soy yo! —gritó Ryan furioso.

Apartó las manos para ver que estaba lleno de tierra y que tenía rasguños en los brazos. —¿Qué te ha pasado?

—¿Qué me ha pasado? —siseó abriendo la puerta—. ¡Qué me has arrastrado! ¡Estaba encima del cerdo! —Gimió tocándose el costado. —¡Mierda, creo que me has roto una costilla!

—¿Yo? ¡Un cerdo ha intentado atacarme!

—Muévete —dijo con ganas de matarla.

Arrastró el trasero al otro asiento sin rechistar. Ryan giró el volante y se dirigió hacia la salida lentamente. —¿Sabes, nena? Conduces fatal.

—¿Si?

—¡Sí!

—Es que en Nueva York no practico.

—Baja y abre la verja.

—¡No! —exclamó con cara de horror.

—La madre que me ....

Se bajó de mala manera haciendo un gesto de dolor. Ella se mordió el labio inferior al ver cómo

abría la verja. Igual se estaba comportando como una cría, pero aquella era demasiada realidad campestre por un día.

Se puso detrás del volante de nuevo saliendo lentamente y él volvió a cerrar. Se sentó de nuevo a su lado. —  
Ve hacia el norte.

—¿Y dónde está el norte?

—¡Allí! ¡Allí está el norte! —

dijo señalándolo con el dedo.

—Estás un poco de los nervios.

—Sigue conduciendo.

Se encogió de hombros mirando a su alrededor. —El paisaje es un poco monótono. Me lo imaginaba menos verde. Me ha sorprendido.

Él gimió tocándose el costado y le miró preocupada. —¿Te duele mucho? Levanta, déjame ver.

—Tú lo que quieres es verme desnudo —dijo con esfuerzo.

—Ryan, me estás empezando a preocupar. No sé qué hacer si te pasa algo —dijo con pánico.

—Vuelves a la casa y llamas por radio. Detente, es ahí. —Ella fue deteniéndose y entonces lo vio. Era un foso en el suelo. —Gira acercando el cerdo todo lo que puedas.

Lo dejaron al borde del foso, pero aquel bicho pesaba más de cien kilos por lo menos. Cuando Ryan quitó las cadenas que ataban sus patas al jeep su reciente marido le ordenó —¡Da un poco marcha atrás para tirarlo al foso con la defensa!

—¡Apártate! —Prefería avisarle por si acaso. No fuera a ser que lo tirara a él también y lo rematara.

—Como si no se me hubiera  
ocurrido a mí solo —dijo él en voz baja  
a un lado del vehículo.

Dio marcha atrás. —¡Avísame  
para detenerme!

—Espera. ¡Está levantando la  
defensa y le sobrepasa! Está demasiado  
alta para arrastrarle.

Mierda. Detuvo el coche y se  
bajó para mirar al puñetero cerdo.

—Vale. —Se apoyó en el jeep e hizo fuerza con los pies intentando empujarle. Ryan levantó una ceja. —Si me ayudarás ...

Se colocó a su lado y entre los dos empujaron al cerdo, que terminó cayendo a la fosa. Satisfecha se acercó al hoyo y sonrió a su marido.

—Buen trabajo. —Ryan le dio una palmada en la espalda con tal

ímpetu que la tiró agujero abajo al no esperárselo. Gritó mientras caía arrastrando el trasero terraplén abajo antes de girarse sobre sí misma y gritó de pánico al ver los cuernos de una vaca cerca de donde iba a caer. Cuando se detuvo su cara terminó pegada en el trasero del cerdo, pero ella no se dio ni cuenta pensando que se había roto al menos las piernas porque no las sentía.

—¡Charlene!

Los brazos de Ryan la separaron del cerdo y ella le miró fijamente a los ojos con la cara llena de polvo antes de sisear —Quiero el divorcio.

—Es el primer día. Te acostumbrarás. ¿Te duele algo?

—¡Me has tirado!

—¡Ha sido sin querer! ¡Qué delicada eres! ¿Cómo me iba a imaginar

que por una palmadita de nada saltarías al vacío?

—¡Estás loco!

—Déjate de rollos y levanta el culo. —Hizo una mueca. —Sí, puedes.

Gimió dejándose ayudar. Le dolía el trasero y caminó cojeando terraplén arriba. Cuando se le dobló una rodilla Ryan la cogió por la cintura. —Vamos, nena. Creo que ya está bien por

hoy. En cuanto hagas la cena, te vas a la cama.

Sería capullo. Si tenía que cenar lo que ella preparara... Pero decidió no discutir.

Continuó subiendo la fosa y siseó cuando la mano de Ryan bajó hasta su trasero para ayudarla. —Quita tu mano de ahí.

Descaradamente le amasó la

nalga sin cortarse un pelo y ella se volvió furiosa para darle una patada. Ryan la esquivó y cayó de culo al suelo rodando de nuevo hasta que el cerdo la detuvo.

—Nena, vas a acabar oliendo fatal.

—¡Serás gilipollas! —Se miró el codo que tenía despellejado y empezaba a sangrar.

Ryan apretó los labios llegando hasta ella y cogiéndola por la cintura para levantarla de nuevo. Le cogió el brazo de mala manera y le miró la herida. —Podía haber sido mucho peor. ¡Ahora tendré que desinfectarla! —dijo como si fuera una molestia—. Vamos, me duele el costado.

Se volvió dejándola allí. Estaba claro se había casado con un psicópata

que sólo quería una jornalera gratis. Como le pidiera sexo, se la amputaba. Empezó a subir detrás de él y al llegar arriba Ryan extendió la mano para subirla, pero ella la ignoró subiendo por sus propios medios.

—¿Estás enfadada? —preguntó asombrado.

—No, qué va. Me encanta que mi primer día de casada tenga que

encontrarme con todo esto. —Hizo un gesto con los brazos señalando alrededor. —¿No crees que deberías haberme dicho algo?

—¡No preguntaste! ¡Tenías demasiada prisa por encontrar una casa!

—¡Eso no es una casa! ¡Son un montón de tablas podridas que seguro que se nos caen encima en cuanto sople un poco el viento! ¡Bien que dormías en

casa de tu hermana!

Ryan se tensó. —¡Si crees que te voy a llevar a casa de mi hermana, estás muy equivocada! —le gritó furioso—.

¡Yo mantengo a mi mujer!

—¡Ja! Tú no quieres una mujer.

¡Tú quieres una esclava que se deslome con tus asquerosos cerdos para levantar esta mierda de granja!

—¡Es un rancho!

—¿Y dónde están los caballos?

¿Y las vacas?

—¡Las reses llegan mañana!

Le miró atónita. —¿Qué?

—Doscientas cabezas. ¡Llegan mañana! Y mi caballo también. Me lo trae mi cuñado con mi remolque. — Furioso fue hasta el jeep sentándose en el asiento del conductor.

—Ryan, no tengo ni idea de lo

que hago y no puedes encargarte tú de todo —dijo reaccionando y sentándose a su lado.

—No tenemos dinero para contratar a alguien hasta dentro de seis meses. —Dio marcha atrás y giró el volante. En cuanto se encaminó hacia la casa la miró de reojo. —No te preocupes. En seis meses contrataré a dos vaqueros que nos ayuden. Has visto

lo que hay que hacer con los cerdos. Del resto me encargo yo. Tú sólo dales de comer y de beber.

—Necesitamos otro coche —  
susurró pensando en el dinero que tenía guardado.

—Mañana llega mi caballo. Tú usarás el jeep y yo a Eclipse.

—¿Cuánto dinero necesitarías para contratar a alguien durante seis

meses?

—Unos siete mil. ¿Por qué? —

La miró con desconfianza. —¿Me has mentado y tienes dinero?

Se mordió el labio inferior sin saber qué hacer. Al fin y al cabo, era su marido y necesitaba el dinero. —Mi prima me dio cuatro mil dólares como regalo de despedida.

Ryan detuvo el jeep muy tenso y

siseó furioso —Ni se te ocurra volver a pensarlo. Esta será la última vez que me hablas de ese dinero. ¿Entendido?

—¡Lo necesitas!

—¡No necesito nada! ¡Trabajaré como he hecho desde los doce años! — gritó furioso—. ¿Sabes lo que he trabajado para conseguir esto? — Charlene se sonrojó negando con la cabeza. —He invertido todo mi dinero

en estas tierras y pienso salir adelante.

¡Si no me quieres ayudar, muy bien! ¡Ya me arreglaré solo!

¡No pensaba quedarse en casa sin ayudar!

—¡No lo decía por no trabajar!

¡Lo digo porque necesitamos mil cosas!

—Tienes cobijo y no te faltará la comida.

—¡Ryan! ¡No tenemos ni nevera!

La miró sorprendido como si no se hubiera dado cuenta de eso. — Mierda. —Aceleró mirando al frente como si pensara en el asunto. — Compraré una de segunda mano.

—Necesitamos un montón de cosas. No he visto ni siquiera una sartén. ¿Y la comida? ¿Dónde está?

La miró de reojo. —Hay una alacena donde hay unas latas de

espaguetis. Pensaba ir al supermercado contigo un día de estos.

Estaba claro que era un auténtico desastre. —¿Te has casado conmigo para eso, verdad? Necesitabas ayuda y...

—No ha sido sólo por eso. Necesito sexo. —Le miró atónita. —¿Qué pensabas? Con todo el trabajo que tengo, no puedo ir a la ciudad todos los

días. Además, quería compañía. —La fulminó con la mirada. —¡Y me has salido muy cara! ¡Ese abogado cobra una fortuna!

—Sexo, ¿eh? —dijo divertida—.

¡Pues te vas a estar haciendo pajas hasta dentro de seis meses! —Eso pareció divertirse. —¡Hablo en serio!

—Nena, estás deseando que me meta en tus bragas.

Jadeó indignada. —Más quisieras...—Buscó un insulto a su altura. —¡Paleto!

Ryan detuvo el jeep ante la casa y se volvió mirándola como si se la quisiera comer. Haciendo que no se daba cuenta bajó furiosa del coche. Intentó abrir la verja metálica, pero al estar oxidada se atascó. Fuera de sí le dio una patada y Ryan se echó a reír. —

Preciosa, ¿quieres ducharte primero?

Abrió la puerta de casa y se volvió. —¿Ducharse? ¿Tienes jabón?

—Algo habrá por ahí.

Puso los ojos en blanco dando un portazo al entrar. Menos mal que había llevado neceser. Sólo con lo básico, pero al menos tendría una botellita de gel de lavanda que le encantaba.

Se quitó la camiseta y le vino un

olor horrible. ¡Dios, era ella! Se olió el pelo y gimió. Aquello era asqueroso. Se iba a quitar los vaqueros cuando la puerta se abrió y se cubrió con la camiseta. —¿Qué haces?

—Entrar en casa.

Furiosa por su descaro se iba a volver para quedarse de piedra cuando se quitó la camiseta. Un enorme morado en el costado empezaba a formarse y se

olvidó de lo que iba a decir. —Dios, tenemos que ir al médico. —Se acercó a él apartándole el brazo. —¿Cómo te has hecho eso?

—Al girar el jeep salí despedido y choqué contra un cerdo. Es como chocar con un muro de cien kilos, ¿sabes?

Nerviosa cogió su camiseta dispuesta a ponérsela de nuevo. —

Vamos a ir al médico. Te tienes que haber roto algo.

—Nena, estoy bien —dijo con voz ronca. Le quitó la camiseta de la mano tirándola al suelo comiéndosela con los ojos sin apartar la vista de su sujetador violeta. Charlene se sonrojó y entonces fue consciente de su pecho. Si le había llamado la atención con la camiseta puesta sin camiseta era para

morirse. Dios, no tenía ni un pelo en el pecho y su piel intensamente morena indicaba que trabajaba sin camiseta a menudo. Sus ojos fueron a parar a uno de sus pezones que estaba totalmente endurecido y nerviosa se pasó la lengua por el labio inferior.

Ryan gimió al ver su gesto y la cogió por la nuca atrapando sus labios. Ella se apoyó en su pecho y le acarició

hasta llegar a sus hombros. Ryan gruñó en su boca y con rudeza bajó sus manos por su espalda hasta su trasero pegándola a su sexo. Dios, la sensación de su miembro en su vientre la volvió loca y respondió a su beso perdiendo el control. Ryan metió sus manos por dentro de la cinturilla de su pantalón y tiró de ellos hacia abajo apartando su boca. La volvió apoyándola en el

respaldo de la silla y acarició su trasero antes de tirar de sus vaqueros hacia abajo con un solo tirón. Charlene gritó de placer cuando pasó su mano por su sexo y se apoyó en la mesa que tenía delante antes de que la acariciara con su sexo endurecido haciéndola gemir. La cogió por el cabello levantando su cabeza antes de entrar en ella con fuerza. Nunca en su vida se había sentido más

llena y nunca había experimentado más placer que al sentirlo dentro.

—Nena, relájate porque no entra toda.

Charlene abrió los ojos como platos. —¿Qué?

Ryan salió lentamente de ella y antes de entrar con fuerza. Charlene gritó clavando las uñas en la mesa. — ¡Dios!

Él tiró suavemente de su pelo para elevarla y rodeó su cintura con el brazo antes de susurrarle al oído —¿La sientes, nena? ¿Sientes mi polla dentro de ti?

—¡Si! —gritó sin aliento moviendo la cadera sin poder evitarlo. Él gruñó en su oído antes de mover su cadera con contundencia y todo el cuerpo de Charlene se tensó con fuerza

buscando liberación. Ryan inició una cadencia que pensó que la mataría, provocando que llevara su mano hacia atrás clavando las uñas en su trasero. Eso hizo perder el control a su marido que aceleró el ritmo con fuerza pegándola a su pecho. La besó en el cuello sin dejar de matarla de placer moviéndose aún más rápido y Charlene gritó tensándose como un arco

estallando en un orgasmo que la dejó sin aliento.

Ni se enteró de cómo Ryan la tumbaba en la rústica cama quitándole las zapatillas y los vaqueros. Fue al abrir los ojos cuando le vio arrodillado ante sus piernas abiertas totalmente expuesta a él. —¡No! —gritó cuando se agachó para saborearla, provocándole otro intenso orgasmo que alargó al

seguir torturándola.

## Capítulo 5

Una hora después ambos miraban el techo de la casita intentando recuperar la respiración. —La cama

aguanta —dijo ella todavía impresionada por la cantidad de órganos que había tenido.

—Sí. No las tenía todas conmigo.

—Al menos sabemos que nos va bien sexualmente.

—Sí, no ha estado mal.

Atónita le vio levantarse totalmente desnudo y sudoroso. —Me

voy a dar con la manguera.

¿No ha estado mal? ¿Qué coño significaba eso? Se sentó en la cama a punto de decir algo, pero él salió de la casa.

Pensando en ello se dio cuenta de lo que quería decir. Le acababa de soltar que con otra o con otras había tenido un sexo mejor. Sonrió incrédula. Eso era imposible. ¿Oh, no? ¡Si había

sido la leche!

Preocupada sacó las piernas de la cama. Igual es que pensaba que ella no había hecho mucho. ¡Pero es que no la había dejado! ¡No le había dado ni la mínima oportunidad! En cuanto se recuperaba lo suficiente para sentir, atacaba de nuevo impidiéndole pensar. Se levantó algo molesta en la entrepierna y se acercó a la puerta que

había dejado abierta. Hizo una mueca porque el aire venía del este. Dichosos cerdos.

Recordó el gel y fue hasta su maleta. La abrió sacando el pequeño neceser y cogió el envase de plástico. Cuando salió de nuevo, caminó rodeando la casa y se quedó sin aliento al ver su cuerpo mojado mientras se pasaba la manguera por el pecho.

Él se volvió y levantó una ceja al ver que le miraba el trasero. —Tengo hambre. Así que olvídate hasta después de la cena.

Se puso como un tomate y levantó la barbilla. —No, gracias. Sólo quiero ducharme.

—Oh, pues ya he terminado — dijo tendiéndole la manguera. Se acercó decidida haciendo una mueca cuando

pisó una piedra con su pie desnudo. —

En cuanto pueda pondré aquí unas tablas para que no pase eso.

—Gracias, generoso. —Cogió la manguera de mal humor y se la pasó por el cabello inclinando la cabeza hacia atrás.

Sus pezones se endurecieron por el agua fría que era una delicia y cuando terminó de empapar su cuerpo bajó la

manguera y abrió los ojos. Ryan cogió su manguera comiéndosela con los ojos y haciéndose la dura Charlene abrió el gel echando un poco en la palma de la mano antes de echárselo en el cabello. Le tendió el envase a Ryan que divertido cogió con la otra mano y Charlene empezó a enjabonarse el cabello con energía. Con la espuma sobrante se enjabonó el cuerpo y a cuando se pasó

la mano por la entrepierna Ryan gruñó  
mojándola con la manguera. —¡No  
había acabado!

—Claro que sí.

Cerró los ojos para que le  
aclarara la cabeza mientras pasaba sus  
manos por su cabello. Se dio la vuelta  
para que le quitara la espuma de la  
espalda y cuando se volvió de nuevo  
sonrió cogiendo su gel disimulando que

no sabía que estaba excitado, aunque era evidente. —Gracias.

Él gruñó mientras ella volvía a la casa intentando pisar sobre la poca hierba que había. Cuando entró se dio cuenta que ella no había llevado toallas y cuando Ryan entró en la casa le esperaba con los brazos cruzados aun totalmente mojada. —¿Qué?

—Cariño —dijo melosa—,

¿dónde están las toallas?

—Ah. Pues...—Fue hasta su maleta y cogió un vestido tendiéndoselo.

Ella chilló arrebatándoselo. —  
¿Estás loco? ¿Sabes cuánto cuesta este vestido?

—Muy bien. Pues sécate con las sábanas —dijo como si fuera lo más normal del mundo.

Dios, aquello era una pesadilla.

El buen sexo no compensaba vivir allí.  
O casi no lo compensaba.

Encontró en su maleta una camiseta vieja y se secó con ella mientras Ryan se había vuelto a tumbar en la cama sin preocuparse si la mojaba. La miraba como si fuera un bicho raro y cuando se empezó a desenredar el cabello carraspeó. —Nena...

—¿Si?

—¿Te he dicho ya que tengo hambre?

Giró los ojos hacia él. —¿Y?

—Pues eso. Quiero cenar.

—Pues ya estás abriendo una de esas latas que no sé dónde están y calentarla, porque yo me voy a dormir.

—Mi madre le daba la cena a mi padre.

—¿Tu madre también se casó

por poderes con un desconocido, que se la llevó a vivir a una casa inmunda en el fin del mundo y la hizo trabajar después de un vuelo de doce horas?

—¡Dijiste que estabas bien!

—Pues ahora estoy cansada. —

Se volvió dándole la espalda mientras se seguía cepillando el cabello y le oyó suspirar antes de levantarse siseando algo sobre las mujeres de ciudad.

Aquello era el colmo y se volvió tirándole el cepillo a la cabeza. — ¡Serás imbécil!

Ryan la miró como si estuviera mal de la cabeza. — ¡Mujer! ¿Estás loca?

— ¡Mira, puedo soportar trabajar, puedo soportar hasta vivir en esta casa de mierda, pero lo que no te voy a pasar es que te creas más que yo!

¡Si tienes hambre, hazte la comida!

¡Aquí somos iguales!

—¡No somos iguales!

—Si crees que con este matrimonio has conseguido una esposa del siglo diecinueve, lo llevas claro. ¡He sido secretaria de dirección de una de las empresas de construcción más importantes del país!

—Sí, pero cuando te conocí

estabas en el paro, así que no debes ser muy buena.

No supo por qué, pero esas palabras fueron la gota que derramaron el vaso al recordar que estaba allí por culpa de Lewis y apretó los labios sin darse cuenta de que sus ojos se llenaban de lágrimas. Ryan frunció el entrecejo. —Joder, si ahora te vas a poner a llorar, me hago la cena. Tampoco es para tanto

calentarse unos espaguetis.

—¡Pues eso! —Avergonzada se fue a la cama y se tumbó cubriéndose con la sábana hasta la barbilla. Se secó la cara a toda prisa dándole la espalda, escuchándole trajinar en la cocina.

Al oírle jurar por lo bajo le miró por encima del hombro. Puso los ojos en blanco al ver que no podía encender la cocina. —¿No la has usado nunca?

—¡Cuando te decía que últimamente comía mal, es porque las únicas comidas decentes que hacía al día eran el desayuno y la cena en casa de mi hermana!

Se sentó sobre la cama y le vio allí desnudo abriendo y cerrando la llave del gas. Que estuviera en pelotas haciendo aquello, era algo digno de ver.

Menudo inútil. Cuando volvió a

encender una cerilla, se le pasó por la cabeza que incendiaba la casa y se levantó a toda prisa. Cogió una camiseta de la maleta y se la puso a toda prisa.

—Déjame a mí.

—¡No! ¡Tú vuelve a la cama!

—¡No seas crío! —Le apartó sujetándole por el brazo y cogió la caja de cerillas de su mano. La encendió y abrió la llave del gas acercando la

cerilla, pero nada. No salía. —¿Tiene bombona?

—Mierda.

Él se agachó para abrir la parte abajo. —No está abierta la espita.

Charlene chasqueó la lengua encendiendo el fuego y él se incorporó fulminándola con la mirada. —Gracias, señorita sabelotodo.

—De nada. —Se dio la vuelta y

caminó hasta la cama tumbándose de nuevo.

—¿Quieres unos espaguetis?

Ella sonrió. ¿Era una ofrenda de paz? No podía desaprovecharla, aunque la pusiera de los nervios dentro de cinco minutos. —Vale.

—Pues si quieres comer, levanta el culo porque no puedo abrir la lata.

¡No se lo podía creer! Se sentó

sobre la cama mirándolo como si fuera idiota y él encogió los hombros. —Se me ha olvidado el abrelatas.

—¡Sé te ha olvidado mucho más que el abrelatas!

—¿Vas a estar así continuamente? ¡No hay quien te aguante!

Exasperada porque no la dejaría en paz hasta que no se levantara a

calentarle los puñeteros espaguetis, salió de la cama atravesando la casita en dos zancadas. Vio las latas sobre la mesa y un cuchillo. —Vete a por una piedra.

—¿Para qué quieres una piedra?

—¡Para golpear el mango del cuchillo!

Mientras él salía de la casa con curiosidad abrió la alacena que estaba

dentro de la pared a la derecha de la cocina. Había más de cincuenta latas de espaguetis y de sopa en los estantes. ¿Cómo se le había olvidado el abrelatas?

Con curiosidad abrió los cajones que había a un lado de la cocina y miró en su interior. Había cubiertos y varios cuchillos. Al abrir el siguiente encontró cajas de cerillas y velas. También había

unos paños. Al levantar uno de los paños suspiró al ver el abrelatas. Sólo había querido que se levantara de la cama. Sería capullo. Cogió el abrelatas justo cuando él entraba por la puerta con la piedra en la mano.

—Ha veo que lo has encontrado —dijo sin cortarse.

—Pues sí. —Se puso a abrir una lata y cuando terminó abrió la siguiente.

—La olla.

Él sacó una olla del estante y la puso al fuego. Cogiendo una cuchara echó los espaguetis. Con él detrás removi6 los espaguetis para que no se pegaran y Ryan susurr6 —No quer6 hacerte llorar.

—No pasa nada. Ha sido un d6a muy largo.

—Seguro que eres una secretaria

estupenda.

—Pues sí. Lo soy. —Revolvió los espaguetis y él la cogió por la cintura pegándola a su pecho.

—Da igual, ahora empezarás una nueva vida. Ya verás como en un año todo es muy distinto.

Charlene sonrió. —¿Distinto por qué?

—Te haré una casa con baño. —

Se echó a reír y él la besó en el cuello.

—Aunque echaré de menos esas duchas con la manguera.

—¿Tendremos televisión?

—¿Y para qué la quieres? — preguntó pasando las manos por su vientre—. Tendrás un bebé que ocupará todo tu tiempo.

A Charlene se le cortó el aliento y le miró. —No tiene gracia.

Él sonrió. —Hablo en serio.

Nena, quiero tener hijos.

—¡Pero ahora no! ¡Mira dónde vivimos! ¡No pienso traer un hijo al mundo para vivir así!

—Te he dicho que será distinto.

—Pero es que no es sólo eso,

Ryan. ¡No nos conocemos!

—Dentro de nueve meses nos conoceremos muy bien. —Molesto le

cogió la cuchara de la mano y se puso a mover los espaguetis.

—¡No! —Se cruzó de brazos. —

¡Tendremos muchos gastos y mucho trabajo para tener un hijo! —¿Pero qué diablos estaba diciendo? Hace unas horas ni siquiera se habían visto en persona.

—Los niños no gastan tanto. Y en cuanto contrate los vaqueros no

tendrás que trabajar.

Eso era el cuento de la lechera.

—¡No estás siendo realista! ¡Estás montando castillos en el aire cuando esta es la realidad! —Señaló al alrededor.

—Tendré muy buenos beneficios.

—Abre los ojos, Ryan. ¡Tu avión es una chatarra y tu jeep también! Eso dejando a un lado la casa y tu finca que

necesita una inyección de capital muy importante.

—Hablas como los del banco.

—¿Estás hipotecado? —

preguntó asustada.

—No, pero fui a pedir dinero para comprar más ganado.

—¡Pero si no puedes mantener el que tienes!

—¡Si lo puedo mantener!

Ella le cogió por los brazos para que la mirara a los ojos. —Escúchame bien. ¡Cuando vendas el ganado hablaremos de cómo redistribuir los beneficios, pero se acabó gastar más dinero en ganado y por supuesto que no vamos a tener un hijo!

—¿Cenamos?

—¡Hablo en serio! Seguiré tomando la píldora hasta mucho más

adelante. ¡Sobre todo, hasta que sepamos si esta relación funciona!

Ryan entrecerró los ojos. —¿Y para quién tomabas la píldora?

Esa pregunta la descolocó. —  
¿Qué?

—¡Ya sabía yo que era muy raro que una mujer como tú se casara por poderes con un desconocido! ¿Qué pasa? Tenías un tío que te estaba dando

el coñazo y saliste del país cagando leches, ¿no?

Bueno en realidad era así, pero no como él creía y casi prefería decir que sí a tener que dar otras explicaciones. La cogió por los hombros y gritó —¡Contesta!

—¡Pues sí!

Ryan apretó los labios. —Pues ya te estás olvidando de ese tío, ¿me

oyes?

—¡Tendría que estar sorda para no oírte! ¡Tienen que estar oyéndote hasta los cerdos!

Su marido la pegó a él y la besó con fuerza como si quisiera marcarla. Cuando ya estaba totalmente entregada, la soltó de golpe y se volvió hacia los espaguetis. Estaba claro que su prioridad en ese momento era comer.

Enfadado cogió la cacerola mientras ella suspiraba mirando su trasero y fue hasta la mesa dejándola allí. Se puso a comer con la misma cuchara. Era tan primitivo.... Y celoso estaba para comérselo. Sonrió sin poder evitarlo cogiendo un tenedor y acercó la silla a la suya rozando con su rodilla su muslo. Él gruñó con la boca llena. Estaba claro que sus celos eran sólo porque la

consideraba suya, no porque la amara, pero era un principio. Metió el tenedor en los espaguetis y los enrolló. Al metérselos en la boca pasó la lengua por la comisura de la boca limpiándose el tomate y Ryan entrecerró los ojos partiendo los espaguetis para que pudiera recogerlos con la cuchara.

—¿Cuándo iremos a comprar?

—Mañana por la mañana.

—¿Tenemos presupuesto?

—Novecientos sesenta pavos porque no pienso tocar el dinero que queda en la cuenta. Es para el pienso y otras cosas como gasolina.

—Ah...—Sonrió encantada. —  
Pues es estupendo. Necesitamos muchas cosas.

—Ten en cuenta que no hay espacio. Hay que comprar lo

imprescindible.

—No te preocupes. Sólo lo indispensable. ¿Qué tal si hacemos una lista? Es la mejor manera de ahorrar. Nos ajustamos a la lista sin salirnos de ella.

—Vale.

Charlene se acercó hasta su bolso y sacó la libretita que llevaba siempre con un bolígrafo. Se sentó a la

mesa y la abrió dispuesta a empezar a escribir. Él alargó la cuchara para que comiera y ella abrió la boca.

—Comida                      —dijo                      él

simplemente.

—¿Latas?

—¿Quieres cocinar?

—¿Tendremos congelador? ¿Eso

está incluido en el presupuesto?

—La nevera está incluida en el

presupuesto. Pero seguro que encuentro alguna por cien pavos.

—Ochocientos sesenta.

¿Comida... para cuántos días? ¿Iremos a comprar una vez al mes? Carne no nos faltará, ¿verdad?

—No, nena —dijo divertido dejando la cuchara—. Carne es lo único que no nos falta.

—Necesitamos unas gallinas. —

Él levantó una ceja. —Así tendremos pollo y huevos.

—Muy bien, compraremos unas gallinas y un gallo. Esta es la compra inicial, pero después iremos al supermercado una vez a la semana.

Ella apuntó las gallinas. — Destinaremos cuatrocientos para comprar comida. Tengo que hacer una lista con lo básico.

—¿Y los otros cuatrocientos?

—Toallas, un juego de sábanas para lavar esas... una manta por si refresca. No sé, déjame distribuir bien el dinero.

—Nena, cena que se enfría.

—No quiero más. Unos estantes.

¿Tenemos herramientas?

—Sí, tenemos todo tipo de herramientas.

—¿Y clavos?

—Tenemos clavos.

—¿Y madera?

—Nena, ¿hasta dónde quieres llegar?

—¿Tenemos madera?

—¿Te refieres a tablones?

—Sí.

—No, no tenemos tablones —

dijo cruzándose de brazos.

—Vale. —Los apuntó en la lista y miró a su alrededor antes de apuntar colgadores.

Él alargó la cuchara metiéndosela en la boca. Distraída masticó pensando que para lo que quería necesitaba mucha madera. ¿Cuánto costaría eso?

Ryan se levantó para dejar la cacerola en el fregadero. —Vamos a la

cama.

—Espera que ...—Apuntó un barreño y miró a su alrededor. —  
¿Tenemos escoba?

—Está en la parte de atrás.

—Genial. —Él le quitó el bolígrafo de la mano. —Ryan, no he terminado.

—Por hoy sí. Vamos a dormir.

Suspiró mirando la lista. —¡Si

no he hecho nada!

—La terminarás mañana.

—No tenemos nada que desayunar excepto espaguetis.

—Desayunaremos en el pueblo.

—Eso es un lujo.

Ryan apretó los labios. —No te preocupes por eso, ¿vale? Vamos a la cama.

Dándose por vencida se dejó

llevar y él la besó en el cuello. —Estás agotada.

—¿A qué hora nos levantamos?

¿Al amanecer?

—Sí, nena. Hay que hacer las tareas antes de ir al pueblo.

—Bien. —Se acostó en la cama y suspiró dándole la espalda mirando hacia la pared.

Él se tumbó a su lado boca

arriba y suspiró. —¿Te duele? —  
preguntó preocupada.

—Teniendo en cuenta la sesión  
de sexo no deberías preguntarlo.

Charlene sonrió. —Es que soy  
como un vigorizante.

—Pues ven aquí, que necesito  
otra dosis.

## Capítulo 6

—No, eso no —dijo ella molesta dejando un paquete de pan de molde en su sitio.

—Pero necesitamos pan.

—Es más barato hacerlo y nos durará más. Se puede tostar y mojar en leche. ¡Leche! Necesitamos leche.

—Menos mal que no has dicho que nos compráramos una vaca.

Le miró fijamente pensando en ello, pero no se veía sacando la leche de la vaca y todo lo demás. Bastante tenía con los cerdos.

Pasaron al lado de sus caramelos favoritos que los importaban de Estados Unidos y gimió pasando de largo porque costaban siete dólares. Ryan apretó los labios mirando la bolsa. —No somos pobres, ¿sabes?

—Sí que lo somos. —Cogió dos bricks de zumo.

—Ese no me gusta.

—Oh. —Lo dejó en su sitio y

cogió otro, que aunque era un poco más caro, al menos iba embotellado.

Sonrió empujando su carro. —La leche, Ryan. —Fue hasta la frutería y pensó en hacer un huerto. Sí, era buena idea. Cogió fruta y verduras mientras su marido se acercaba a ella, que estaba cogiendo una bolsa de quince kilos de patatas.

—¿Algo más?

Se mordió el labio inferior revisando la lista. —¿Has cogido el café?

—Sí. —Gruñó molesto. —El de oferta.

—Bien, pues acabamos con la comida.

Fueron hasta la sección de menaje del hogar y ella cogió lo que necesitaba. Todo de lo más barato. No

eran las sábanas de algodón egipcio que tenía en Nueva York en su cuco apartamento, pero le valdrían para salir del paso hasta que estuvieran más desahogados.

—Nena, si quieres que pasemos por la serrería, debemos irnos. Recuerda que hoy me traen las reses.

Corrió de un lado a otro y estaba casi con la lengua fuera cuando terminó.

—Ya está.

En la caja sonrió encantada porque sólo habían gastado cuatrocientos treinta y cinco dólares australianos, lo que eran unos trescientos veinte americanos. Eso era genial. Todavía les quedaba mucho dinero.

Él la miraba de reojo mientras lo metían todo en el jeep. —¿Está muy

lejos la serrería?

—Está a las afueras.

—¿De camino?

—Sí.

—Es perfecto. ¿Y la nevera?

—Mientras cogías las verduras

llamé a mi hermana y tiene una nevera en el sótano que ya no usa, porque se encaprichó de uno de esos de acero inoxidable de doble puerta.

—Será caprichosa —dijo

divertida.

—Nos lo traerán esta tarde con un pequeño congelador.

—¡Eso es estupendo! —

Encantada rodeó su cuello para darle un beso en los labios. —Vamos a la serrería. ¡Ahora tenemos más dinero!

—¿Más dinero para qué?

—Vamos a hacer un baño.

—¿Qué?

—Bueno, no será un baño, baño, pero al menos no nos ducharemos al aire libre. Más bien es la manguera colgada del techo con dos paredes. Para tener algo de intimidad.

—Muy bien. Vámonos.

Encantada se subió al coche. —

Y pondremos tablas en el suelo alrededor de la casa. Una especie de

porche para no que no entre el polvo. Ya verás, quedará muy bien. Sólo es pegar un tablón a otro. Está chupado. Sólo necesitamos un poco de imaginación en nuestra pequeña mini casa.

—¿Mini casa? —Sonrió

divertido.

—Están de moda, ¿sabes?

Porque en una casa normal se acumulan cosas inútiles, mientras que en una mini

casa sólo se tiene lo indispensable.  
Quedaré genial con cuatro baldas. —Le miró ocurriéndosele algo. —¿Crees que podremos comprar un sofá de segunda mano por algún sitio?

—¿Un sofá de segunda mano?

¿Para qué?

—Tienes razón. —Se encogió de hombros. —De todas maneras, no tenemos televisión... Cosa inútil.

El codo le rozó con la puerta y se lo miró. Le dolía, así que se estaba infectando. —¿Tenemos algo para esto en casa?

—Sí. —Vio cómo se miraba el codo. —Mierda, se me había olvidado.

—No pasa nada —dijo divertida—. Me lo curaré en casa.

—Nena, debes cuidarte las heridas. Sobre todo manejando

animales.

—Estoy bien. Cuando llegue a casa, me echo algo que lo desinfecte.

—Tengo un botiquín debajo de tu asiento.

—Estupendo. —Se agachó sacando el botiquín y al ver el alcohol iodado asintió. Cogió un poco de algodón de una pequeña bolsita y se empapó bien la zona. —Uff, resquema.

—Cúbretelo con un apósito para que no se infecte.

—¿Quieres tranquilizarte? ¡Es un rasguño!

—¿Quieres cubrirtelo? —Le miró asombrada porque parecía enfadado.

—Ryan, ¿qué pasa?

—¡Nada! —Apretó el volante.

—Joder, vamos a llegar tarde.

—¿Tú crees? —Preocupada lo

pensó. —Pues entonces no te detengas.

—¿De veras?

—¡Sí! Ya las compraremos otro

día.

La miró como si no la hubiera visto nunca, pero ella no se dio cuenta porque se estaba poniendo el apósito en el codo. Para su sorpresa se detuvo en el aserradero y compró suficientes

tablones para hacer el porche, las baldas y las paredes de la ducha. Se las entregarían esa misma tarde.

Estaban sacando las cosas del coche cuando vio llegar por el camino un cuatro por cuatro gris último modelo, que tiraba de un remolque para caballos.

—¡Ryan, tu caballo!

Su marido salió de la casa. Parecía incómodo y ella perdió algo la

sonrisa. —Cariño, ¿ocurre algo?

—No.

No se creyó ni una palabra. El remolque se detuvo ante la casa y un hombre no muy alto y cara afable se bajó del coche. —Ya estoy aquí.

Ryan sonrió acercándose y dándole la mano. —Nena, él es el marido de mi hermana Doris. John Peters. —Charlene se acercó con la

mano extendida mientras John la miraba asombrado de arriba abajo como si fuera una aparición. —Es mi esposa, Charlene.

—¿Tu qué?

Se quedó de piedra al darse cuenta de que su familia no sabía nada de su matrimonio y su marido se tensó.

—Mi mujer. Nos casamos por poderes hace unos días.

John la miró de arriba abajo como si no se lo creyera. —¿Es una broma? ¿Me estás diciendo que te has casado sin decírselo a la familia y que vives con tu mujer aquí? ¿Aquí?

Ryan estaba molesto y se dio cuenta que no le había dicho nada a la familia para que no metiera las narices en sus asuntos. Charlene sonrió cogiéndole del brazo. —Estamos muy

bien en nuestra casita de casados. —Le guiñó un ojo. —Ya sabes, los recién casados necesitan intimidad.

John forzó una sonrisa. —Pero es que aquí no tienes de nada y tú estarás acostumbrada a otra cosa...

—Nos las arreglamos. ¿Quieres tomar un café? Estamos sacando todo lo que hemos comprado, pero si esperas unos minutos lo pongo en marcha

mientras sacáis a Eclipse, que debe estar deseando pisar suelo firme. —

Miró a su marido. —Por cierto, cariño, ¿dónde lo vas a dejar?

—Aquí hasta que haga el establo.

—¿Fuera?

—Puede dormir fuera unos días.

—Vaya —dijo alucinada—.

Tenemos que pensar en qué sitio lo

ponemos.

Él se encogió de hombros como si le diera igual, pero ella no estaba dispuesta a tener el establo pegado a la casa. Ya le convencería.

—Te dije que podías quedarte en mi casa hasta que arreglaras todo lo que tienes que arreglar. Todo lo que has hecho desde hace dos meses es increíble, pero debes hacer mil cosas

todavía y este no es el lugar apropiado para empezar un matrimonio —dijo John con firmeza.

—Aquí estamos bien —dijo Ryan—. Vamos a sacar a Eclipse, que enseguida llegará el ganado. Nena, ¿puedes terminar tú?

—Sí, claro.

Cogió dos bolsas del jeep y entró en la casa. Corriendo las dejó

sobre la mesa y se acercó a la ventana. Les vio discutir. No entendía bien lo que decían, pero lo que sí escuchó bien fue el nombre de Clare. ¿Quién coño era Clare?

Salió como si nada para recoger otras bolsas, pero ellos se alejaron. Le daba muchísima rabia no poder enterarse. Le daba la sensación que eso de la tal Clare era interesante. Dejó la

bolsa y se acercó al cuatro por cuatro. Caminó hacia el remolque y les escuchó decir —¡Joder, Ryan! ¿Te estás volviendo loco? ¿Cómo se te ocurre casarte con una desconocida?

—¡Porque quiero pasársela por los morros a Clare y al gilipollas de su padre! Cuando él me acusó de querer quedarme con el rancho casándome con su hija, lo vi todo rojo y más aún cuando

me despidió. —Charlene dejó caer la mandíbula asombrada. ¡La estaba utilizando!

—Que te devolviera el anillo, no significa que no te quisiera.

—Sí, claro. ¡Me quería tanto, que me dejó en ridículo! ¡Pues no la necesito! Ahora tengo a Charlene.

Claro que sí, ahora la tenía a ella. Esa Clare podía irse a paseo.

—Seguro que esa chica es estupenda, pero no la quieres. Y mira en las circunstancias que debe vivir. ¡Te estás empeñando en demostrarle a Randall que puedes tener un buen rancho y estás arrastrando a esa muchacha contigo!

Charlene lo entendió todo y se alejó sin hacer ruido pensando en el asunto. Al parecer su marido trabajaba

en el rancho de su suegro y cuando le pidió matrimonio a su hija le pegaron la patada. Cogió dos bolsas. Se iba a enterar esa pija. Nadie le hacía daño a su marido.

Cuando lo metió todo en la casa, empezó a distribuirlo como podía. Estaba buscando dónde dejar las toallas cuando escuchó que la llamaban desde fuera. Salió con las toallas en las manos

y sonrió al verle subido en un precioso caballo castaño.

—Nena, voy al norte que es donde dejaré las reses.

—¿Voy contigo?

—No, tú quédate aquí. Si no me da tiempo, ¿puedes ir a dar de comer a los cerdos?

John le miró escandalizado y Charlene sonrió. —¡Claro! Vete

tranquilo.

Se acercó a John y le vieron partir. —¿Sabes dónde te metes? — preguntó su cuñado.

—Ahora sí.

—¿Y qué piensas hacer?

Ella le miró con una sonrisa en la cara. —Apoyar a mi marido.

John la miró con admiración. — Doris no viviría aquí ni muerta. Me

mataría si lo sugiriera siquiera.

—Pues yo ya he pasado una noche y no está tan mal. —Le guiñó un ojo y se volvió para entrar en la casa. — Disculpa que no te haga ese café, pero tengo mucho trabajo.

—¿Cuándo podréis venir a cenar?

—Dentro de seis meses.

John se echó a reír y se subió a

su coche. Charlene se despidió con la mano y suspiró diciendo después —  
Venga Charlene, tienes que levantar una empresa.

Colocó todo en la casa y cuando terminó, metió las maletas debajo de la cama con casi toda su ropa dentro. Sólo había dejado en el armario lo que

necesitaría allí, que no era mucho. Un par de vaqueros y camisetas.

Cogió las botas de agua y las tiró a la parte trasera del jeep. —Vamos allá. Está chupado.

Se quedó de piedra cuando llegó y se encontró con la cerda tumbada de lado con la respiración agitada pariendo. Puso cara de asco al ver que casi no podía empujar, así que el lechón

se había quedado en medio mientras que los otros lechones se habían tirado a las tetas de la hembra.

—Estupendo.

Saltó la valla y con cuidado se acercó a ella. Lentamente para no asustarla, cogió el lechón con un asco que se moría y tiró de él sacándolo con suavidad. La sorprendió con la rapidez que se levantó y fue a buscar su teta

correspondiente.

Salió de allí sin perder de vista a la cerda y contó los lechones. —Doce.

Frena el carro, que nos metes en un lío.

Se giró y fue a lavarse las manos. Cuando estaba repartiendo la comida, sonrió al ver que la cerda había terminado y tenía la respiración normal.

Al terminar cerró la llave del agua. Al parecer había tenido suerte y no había

perdido ningún lechón. Esa era una estupenda noticia.

Al ir al cercado del exterior, le costó un poco cargar con los sacos pues no tenía fuerza para ello, así que acercó la parte de atrás del jeep a cada comedero y sólo tuvo que abrir los sacos y dejar caer el alimento.

Cuando terminó se subió al coche para comprobar que no hubiera

cadáveres a la vista. —¡Sí! ¡Ya he acabado! —Contenta bajó del capó y se subió al coche. Para su sorpresa cuando llegó a la casa, tenía allí la madera tirada ante la verja. —Vaya, qué eficientes. Ahora sólo necesito las herramientas.

Estaba sacando el pan del horno

cuando escuchó que alguien se acercaba. Al mirar por la ventana vio que era su marido y emocionada dejó el pan sobre la mesa. Hizo una mueca al ver que se hundía un poco en el centro. No lo había hecho desde el colegio en clase de hogar, pero para haber aprendido hacía tantos años, no le había salido nada mal.

—¿Nena?

Corrió hasta la puerta y él la

miró asombrado. —¿Qué has hecho?

—Colocar las tablas. —Pisó encima sonriendo de oreja a oreja. —¿A que ha quedado bien? Casi no he tenido que cortarlas. Sólo lo del final para que me coincidiera con las esquinas.

—¿Con qué las has unido?

—Con clavos. Lo más difícil fue que quedara llano para que no se movieran. He usado un rastrillo. —Le

cogió de la mano y caminaron por el nuevo porche dando la vuelta a la casa.

—Necesito que me ayudes. No puedo sola.

—¿No me digas?

—Sí, sujeta. —Le señaló dos planchas de madera en el suelo.

Ryan las miró antes de levantar la vista donde ya había colocado la manguera sujeta con una agarradera. —

Tengo una mujercita muy lista.

—Date prisa, que quiero cenar.

Estoy muerta de hambre.

—Tampoco has comido, ¿eh?

—Pues no.

Su marido se agachó para levantar la tabla. —¿Como las vas a sujetar?

—Con esto. —Levantó una escuadra y Ryan se echó a reír. —Tienes

un montón de cosas en la caja de herramientas del jeep.

—Al parecer sí.

Cogió él la tabla y le dijo —  
Sujétala tú mientras clavo.

—Estupendo.

Ryan la miró de reojo mientras colocaba la escuadra y metía un clavo en los agujeros para clavarla a la tabla y después a la pared. —Nena...

—¿Si? —preguntó observando cómo acertaba a la primera casi sin mirar el clavo.

—Aquí estamos bien, ¿verdad? Sé que no es la casa de tus sueños y que te falta un baño. —Ella se enterneció porque parecía avergonzado. —Pero te prometo que...

—Estamos bien. —Le miró maliciosa. —Así podemos hacer el

amor en cualquier sitio. Además, cuando acabe con ella va a ser un palacio.

Ryan sonrió. —A este ritmo no me extrañaría nada.

—Es que no me gusta dejar las cosas para el día siguiente.

—De eso ya me he dado cuenta.  
—Terminó con esa pared y le dio el martillo antes de coger la otra pared y colocarla en su sitio. —No tiene puerta.

—Ella miró hacia atrás donde sólo había campo. —Sujeta.

—No me verá nadie. Lo hago por si fuera que alguien aparece de repente a visitarnos. Para que no nos vean desde el camino.

—Entiendo.

Cuando terminó, ella le dio cuatro puntas. —Clávalas en el exterior para colgar la ropa.

—Piensas en todo.

—Por supuesto. Voy a terminar la cena mientras acabas eso.

Le escuchaba clavar en el exterior y frunció el ceño porque estaba clavando demasiado. ¿Cuántas puntas estaba poniendo?

Sacó la carne de la sartén y salió al exterior después de colocar los platos sobre la mesa. Él estaba de espaldas a

ella caminando sobre el porche pisando con fuerza. Cuando veía que una tabla se doblaba un poco, la clavaba a la de al lado para asegurarla.

—Cariño, la cena.

Él dejó el martillo apoyado a la pared y la cogió por la cintura. —Mira por dónde he tenido una suerte tremenda.

—Y que lo digas. —La besó en los labios. —La cerda ha parido.

—Mierda. —Apoyó la frente en la suya. —Lo siento.

—No pasa nada. Todo ha ido bien. Doce lechones. —Ryan suspiró y se dio cuenta que estaba agotado. —Vamos a cenar.

Cuando entraron en la casa y vio la comida, la besó en la sien antes de sentarse a la mesa. Cogió la cerveza que ella había puesto en la mesa e hizo una

mueca pues no estaba fría. —Esto me recuerda...

—John traerá la nevera mañana.

—¿En qué trabaja? ¿También tiene un rancho?

—Es el director del periódico local.

—Vaya.... Pues no tiene pinta.

—Ryan sonrió divertido cortando el filete. —¿Y tu hermana?

—Mi hermana es ama de casa.

Bastante tiene con los cuatro monstruos que ha parido —dijo con cariño.

—Los adoras.

—Claro y quiero mis propios monstruos.

—Vamos a cambiar de tema...—

Ryan se echó a reír. —¿Y Clare?

Él que iba a meter el tenedor en la boca se detuvo en seco tensándose y

perdiendo totalmente la sonrisa. —No deberías escuchar a escondidas.

Charlene se sonrojó. —¿No crees que deberías habérmelo contado?

—No es problema tuyo y no tengo nada que decir.

Siguió comiendo en silencio y Charlene hizo lo mismo durante varios minutos hasta que ya no pudo más. — ¿Estás enamorado de ella?

La fulminó con sus fantásticos ojos azules. —¿Qué quieres que te diga? ¿Qué estaba loco por ella? —Charlene sintió que el estómago le daba un vuelco. —¡Pues sí! ¡La he querido lo suficiente como para pedirle que se casara conmigo! ¡Pero ella no debía quererme tanto, porque a pesar de que rompimos hace cuatro meses ya está comprometida con otro!

Charlene palideció al sentir su dolor. —Lo siento. ¿Quieres que le pegue una paliza?

Ryan la miró como si estuviera loca antes de ver el lado divertido y sonreír. —¿Se la pegarías?

—¡Claro! La dejaré calva de los tirones de pelo y le arañaré hasta desfigurarla. —Se metió un pedazo de filete en la boca. —Esa pija de pueblo

no tiene que hacer con una de Nueva York.

Ryan asintió mirando alrededor.

—Desde luego ella no viviría aquí.

—Pues ella se lo pierde —dijo intentando disimular su malestar. No sabía por qué, pero que la comparara con ella no le gustaba un pelo.

Ryan levantó una ceja. —Eso lo dices porque no tienes a dónde ir. Si

pudieras, saldrías corriendo.

Que le recordara su situación la fastidió bastante y susurró —Tengo cuatro mil dólares. Podría irme a una gran ciudad y buscar trabajo.

—¿Y por qué no lo haces?

Le fulminó con la mirada. —Nos hemos casado, ¿recuerdas?

—Sí y te casaste conmigo porque querías huir de ese tío y te

echaban de tu casa. Me parece que no te has encontrado lo que pensabas —dijo irónico—. ¿Qué esperabas, Charlene? ¿Una casita de campo con valla blanca? —Charlene se tensó. —¿Qué estarías como una señora, mientras tu marido tomaba té helado en el porche? Bienvenida a la vida real.

—Si te digo la verdad, no sé lo que me esperaba. —Se levantó de su

silla. —Pero lo que sí que no me esperaba, es que mi marido me castigara a mí porque otra le hubiera rechazado dejándole en ridículo. —Ryan apretó las mandíbulas y cogió el plato estrellándolo contra la pared.

—¡Yo no te estoy castigando a ti por lo que hizo Clare! —gritó haciéndola temblar por dentro—. He empezado un negocio. ¡Si no quieres

estar aquí, ahí tienes la puerta!

—Si me voy, no podrás pasarme por los morros de tu querida Clare y de su padre —dijo con rabia.

—Para lo que hay que pasar...

—Fue hasta la puerta y salió dando un portazo.

Sin saber por qué esas palabras le dolieron muchísimo y se mordió el labio inferior intentando retener las

lágrimas. No se esperaba ese ataque y la había pillado con la guardia baja. Se agachó a recoger los pedazos de loza del plato que él había roto y limpió antes de ponerse a lavar la sartén con lo demás que había utilizado para hacer una cena que nadie había disfrutado. Con las manos en el agua fría sorbió por la nariz diciéndose que no lloraría.

Así que no era suficiente para

quedar bien ante Clare. Pues muy bien. Ella no tenía ningún interés en esa tía. No sabía por qué ayudaba a ese desagradecido. Vale que su casa era el sitio perfecto para esconderse, pero soportar sus cambios de humor no compensaba.

Cuando terminó fue a darse una ducha para asearse y ni su primera ducha en su nueva construcción la

animó. Se puso una camiseta que le llegaba por el muslo y se tumbó en la cama abrazando su trozo de almohada apartando su cabello húmedo. Pensó en su prima y sonrió porque aquello de romántico no tenía nada. Cuando se lo contara, gritaría horrorizada. Una lágrima cayó por su nariz deseando hablar con ella. Deseando hablar con alguien que no fuera Ryan. Otra cosa

mala de vivir allí, que no tenía con quien desahogarse.

Se le cortó el aliento al escucharle abrir la puerta y se acercó en silencio a la cama en la oscuridad, pero ella simuló estar durmiendo. Le escuchó suspirar antes de empezar a desvestirse. Salió de la casa y al oír el agua en la parte de atrás de la casa supo que se estaba duchando. Intentó relajarse para

cuando volviera. Ya no pensaba discutir más con él. Haría su parte del trabajo y que le fuera muy bien. Pero como le tocara un pelo, se la cortaba.

Él volvió y se tumbó a su lado. Charlene pensó que le costaría dormir mientras oía su respiración, pero sin darse cuenta cinco minutos después se quedaba dormida.

## Capítulo 7

Se despertó cuando la luz que pasaba por la ventana sin cortinas llegó hasta ella y se volvió desperezándose

para encontrarse a Ryan a su lado despierto. Sin mirarle se levantó.

—Nena...

—Tengo que salir. —Se puso las zapatillas de deporte y salió de la casa a toda prisa. Fue hasta detrás de dos rocas enormes, que era su sitio habitual, y se alivió.

Minutos después entró en la casa porque no tenía más remedio y Ryan ya

se había puesto los vaqueros.

—Charlene...

—Voy a hacer el desayuno —  
dijo como si nada acercándose a la  
cocina y cogiendo la sartén.

—Nena, sobre lo de ayer...

—¡No quiero hablar de lo de  
ayer! —Golpeó la sartén contra el fogón  
al posarla. —¡Ya has dejado clara tu  
postura!

—No quería decir eso.

—No mientas —siseó cogiendo la mantequilla—. Mira, lo mejor es ignorar lo que pasó ayer en la cena.

—He sido injusto y...

—¿Quieres dejarlo de una puta vez? —gritó volviéndose—. ¿No quieres desayunar? Perfecto, voy a darle de comer a los cerdos.

Fue hasta sus vaqueros y se los

puso con rabia. Sin molestarse en ponerse el sujetador fue hasta la puerta.

—¿No podemos hablar de esto?

—Creo que para lo poco que nos conocemos, hemos hablado demasiado.

Tardó tres horas en volver porque no quería encontrárselo y para entretenerse limpió la nave donde creyó necesario.

Al entrar en casa sonrió al ver la

nevera y el congelador al lado de la cocina. La abrió y cogió el zumo de naranja que ya estaba fresco. Fue una delicia tomarse un zumo. Caminó hasta el armario y al abrirlo se detuvo en seco al ver una bolsa de sus caramelos favoritos encima de sus vaqueros. Tragó saliva emocionada y sacó la bolsa. No sabía cómo la había conseguido si no tenía coche, pero era un gesto. Le estaba

pidiendo perdón.

—Será tonto —susurró dejando la bolsa en su sitio antes de quitarse la camiseta.

Se quitó la ropa y se duchó antes de ponerse unos pantalones cortos vaqueros y una camiseta de tirantes.

Estaba lavando la ropa en un balde de agua cuando escuchó llegar un coche. Se preocupó un poco porque no

tenía ni idea de dónde estaba Ryan. Se secó las manos enderezándose en el suelo donde estaba arrodillada cerca de la manguera y su puso la mano en la frente para que el sol no la deslumbrara. Era un cuatro por cuatro rojo y se levantó porque se detuvo ante la casita. Caminó por el porche sonriendo para dar la bienvenida cuando vio a una mujer que bajaba del coche. Llevaba un

vestido amarillo y unas manoletinass plateadas. Su cabello castaño estaba recogido en una coleta y se quedó algo avergonzada al verla.

—Hola —la saludó mirándola con sus preciosos ojos azules.

—Hola, soy Charlene. —Caminó por el empedrado abriendo la valla. — ¿Buscas a Ryan?

—Pues sí. —Se acercó

tímidamente y extendió la mano. —Soy Clare. —Charlene perdió la sonrisa. — Veo que te ha hablado de mí.

—Apenas. —Le dio la mano y se cruzó de brazos mirándola descaradamente de arriba abajo. Al parecer la pija de pueblo era una tímida florecilla. La perfecta heroína en apuros. Y le daba que iba a reclamar a su héroe. —Ryan no está.

—Bueno.... —Se apretó las manos mostrando un enorme anillo de compromiso. —¿Puedes decirle que he venido?

—¿Para qué quieres ver a mi marido?

Clare se quedó de piedra. —  
¿Qué?

—¿No sabías que nos habíamos casado?

La chica perdió totalmente el color y Charlene se dio cuenta que seguía enamorada de Ryan hasta las orejas. Eso no le hizo ninguna gracia.

—Mira no sé qué haces aquí, pero él ha pasado página. Creía que tú habías hecho lo mismo por el pedrusco que tienes en la mano, pero tengo la sensación que vienes buscando problemas.

—Ryan no se casaría —dijo sin aliento—. Me estás mintiendo.

—¿Por qué no se casaría?  
¿Porque está tan enamorado de ti que no podría olvidarte?

La chica se sonrojó y ella furiosa, porque estaba convencida de que era suyo, dio un paso hacia Clare amenazante. —Mira, desaparece de mi vista antes de que me cabree.

Últimamente he recibido demasiados palos y puede que tú pagues el pato.

Clare apretó los puños. —Dile que he venido.

—No pienso hacerlo. Deberías avergonzarte de cómo le has tratado.

—¡No sabes nada de mí!

—¡Sé que has hecho daño al hombre que amabas porque eres una cobarde! —Los ojos de Clare se

llenaron de lágrimas. —¿Pues sabes qué? ¡Ahora es mío!

—¡Nunca será tuyo! ¡Me quiere a mí!

—¿Ah, sí? —Furiosa cogió una piedra y la estrelló en su parabrisas. — ¡Largo de mi casa!

Clare jadeó asustada. —¡Estás loca!

Furiosa cogió otra piedra y la

amenazó con ella. Clare gritó corriendo hacia el coche. —¡Y no vuelvas! ¡Puede que me pilles de peor humor!

—¡Hablaré con Ryan tarde o temprano! —gritó subiéndose al coche.

—¡Serás idiota! —Le tiró la piedra a la ventanilla del pasajero y Clare gritó asustada acelerando.

Sonrió viendo cómo se alejaba a toda prisa y dijo para sí rabiosa —Pija

de pueblo....

Estaba haciéndose un sándwich cuando escuchó un ruido. Se volvió con el ceño fruncido mirando a su alrededor y lo volvió a escuchar.

—Nena, ¿estás ahí?

Suspiró aliviada mirando hacia la radio que estaba sobre el alfeizar de

la ventana y corrió hasta allí cogiéndola y apretando el botón. —Sí, estoy aquí.

—Necesito que traigas el jeep con uno de esos tablones que te han sobrado y el martillo. Acuérdate de recogerlo.

—¿Pero dónde estás?

—En el cercado del norte con las reses. Han roto uno de los tablones y tengo que sustituirlo. No te desvíes. Ve

hacia el norte y encontrarás la valla.  
Síguela hasta que des conmigo.

—El norte. —¿Dónde estaba el norte?, pensó mirando a su alrededor.

—Detrás de la casa todo recto.

Suspiró del alivio. —Estupendo.

—Te espero aquí.

Sonrió dejando la radio y le hizo un par de sándwich. También cogió algo de beber y metió la comida en el jeep

antes de coger un par de tablones por si acaso. Estaba a punto de subirse al coche cuando recordó el martillo y corrió hacia la casa. En su prisa se raspó el muslo con la valla de la entrada.

—Mierda —susurró mirándose la herida. No era muy profunda, pero eso le hizo darse cuenta que allí debía llevar vaqueros largos siempre.

Después de tenerlo todo preparado, inició su camino sin mover el volante ni un milímetro. Sonrió cuando diez minutos después vio el cercado y decidió ir hacia la derecha. Abrió los ojos como platos al ver el ganado. ¿Cómo se iban a encargar de tanto ganado ellos solos? Aquello era una locura. Vio a Ryan tirando de una tabla para arrancarla y sonrió cuando la

vio llegar. Se detuvo a su lado y él se acercó abriendo su puerta. —Veo que me has encontrado.

—Voy a ponerte un chip.

Ryan sonrió malicioso. —¿Eres una esposa controladora?

—Puede. —Cogió la bolsa y sacó un sándwich. —Hora de comer.

Pareció sorprendido. —Al parecer me has perdonado.

—Es que esos caramelos son mis favoritos.

—Cuando le dije a John que me los trajera, se quedó algo confundido.

Ella se echó a reír cogiendo su sándwich. Ryan la cogió por la cintura y la sentó en el capó del coche antes de coger la botella de agua. Bebió con ansia y Charlene se le quedó mirando la nuez mientras tragaba, pensando que

cada día estaba más guapo. Ryan sonrió mirándola de reojo y bajó la botella. — Sí que me has perdonado.

Se sonrojó intensamente. —No tanto. —Mordió su sándwich y dijo con la boca llena —Necesitas ayuda.

—Nos arreglamos de momento.

—No puedes encargarte tú de todo. ¿Y si contratamos a alguien a media jornada? Con los cuatro mil

pavos...

—He dicho que no.

—Me los devolverás más adelante cuando recuperes el dinero. — Ryan mordió su sándwich mirando a su alrededor. —Cariño, no tengo ni idea de lo que hago.

—Pues para acabar de llegar no lo haces nada mal.

—Tengo miedo de meter la pata

continuamente. Sobre todo con los cerdos.

—Me pasaré a verles después.

—No puedes trabajar catorce horas al día. Este trabajo es muy exigente. Y yo también. —Ryan se echó a reír y Charlene le guiñó un ojo. — Venga, tenemos cuatro mil y seguro que la ayuda nos vendrá bien. Seguiré dando de comer a los cerdos, pero seguro que

tendrás mil cosas que hacer, que estás dejando de lado porque no tienes ayuda.

—Muy bien. Mañana iré a la ciudad y contrataré a alguien media jornada.

—Sí, pero escoge bien porque después tiene que trabajar la jornada completa.

—Tranquila —dijo divertido.

—Se lo vas a robar al padre de

esa, ¿verdad?

—¿Cómo lo sabes?

Lo pensó seriamente y decidió decirse lo —Ryan...

La miró a los ojos y entrecerró los suyos al ver que parecía culpable.

—¿Qué has hecho?

—No lo pensé, la verdad... me salió así.

—¿Son los cerdos?

—Esa ha pasado por casa.

Ryan se tensó. —¿Y qué quería?

—¿Qué iba a querer? ¡Verte!

—¿Se lo has dicho?

—Se ha quedado de piedra. —

Ryan apretó los labios. —Creo que sigue enamorada de ti.

—¡Clare no me ha querido nunca! —dijo furioso—. Y no quiero hablar de ello.

—Pero es que no termina ahí

—¿No la habrás dejado calva?

—Se mordió el labio inferior. —

¡Charlene!

—¡No le he tocado un pelo!

¡Pero se lo merecía! ¡Me dijo que la querías a ella!

Su marido la miró con desconfianza. —¿Y?

—Y se llevó algo de regalo.

—¿La golpeaste?

—No. Pero su coche tiene dos lunas rotas.

Ryan abrió los ojos como platos.

—¿Estás loca?

Chasqueó la lengua porque preguntó lo mismo que ella. —Me provocó.

—¿Clare? —preguntó incrédulo.

—¡Sí, ya sé que parece una

mosquita muerta, pero me dijo que eras suyo! ¡A tu mujer! Hay que tener descaro. Ahora se lo va a pensar antes de provocarme.

—Estoy seguro —siseó cogiendo el otro sándwich—. ¿Y qué quería?

—¿Otra vez? ¡Hablar contigo!  
Esa está arrepentida y viene a suplicarte que la perdones. Pero no se había

quitado el anillo. Por cierto, menudo pedrusco. ¿Es rico?

—Tiene dinero. Es el abogado de su padre. Una sabandija —dijo con rabia.

—¿Podrías disimular tus celos por otra mujer ante tu esposa? Lo veo un poco raro. —Se miraron a los ojos y a ella le dio una rabia horrible porque todavía sentía algo por ella. Se moría

por saber cada palabra que había salido de su boca. —Así que su padre es un snob y la niña ha sido buena en hacerle caso a papá.

—Algo así.

—Algo así no. ¡Ha sido así!

—Pues ha sido así.

Mordió su sándwich mirándole.

—¿Y la perdonarías?

Ryan levantó ambas cejas. —

Estoy casado contigo.

—Sí, pero a mí no me quieres.

Podrías darme la patada.

—No voy a darte la patada.

Se metió el resto del sándwich en la boca y masticando se volvió hasta la parte de atrás del coche. Este hombre no podía tomarse ni cinco minutos de descanso. Eso o que no quería hablar del tema. El temor de que Ryan le diera

la patada por Clare, la empezó a molestar un poco. Un poco bastante.

Se bajó del jeep de un salto y sin hablar le sujetó el tablón para que lo clavara. Decidió poner el otro y cuando terminaron le dijo —Venga, te acompaño a casa. —Divertido añadió —No vaya a ser que te despistes y llegues a Perth.

—Ja, ja. Muy gracioso.

Él se subió al caballo y Charlene al jeep. Uff, subido al caballo estaba para comérselo. Acalorada encendió el motor dispuesta a perdonarle del todo. Además, la falta de sexo no la favorecía nada respecto a Clare. Apretó el volante. ¿Y a ella qué le importaba que volviera con ella? Si se querían.... ¡Y una mierda! Clare había pasado de Ryan, así que ahora tenía que fastidiarse

porque ella no estaba dispuesta a largarse como si tal cosa. Como Ryan le diera la patada, pensaba quemar la casita hasta los cimientos. Con ellos dentro.

No estaba celosa, era cuestión de justicia. Vale que ella tenía que huir del país, pero él no lo sabía. La había llevado hasta allí, la había hecho trabajar con esos asquerosos cerdos, ¿y

ahora se encontraba con eso? Como le diera la patada, ya se podían esconder.

Con el ceño fruncido llegó hasta la casa y Ryan la miró. —Nena, ¿estás bien?

—¡Sí! ¡Estoy perfecta! —Saltó del coche y furiosa fue hasta la verja que se volvió a atascar. Furiosa le dio una patada y otra y otra, porque la puñetera no se abría. Al volverse vio que Ryan

estaba mirándola divertido. —¡Estoy bien!

—Eso ya lo veo. ¿Por qué no te acuestas un rato? Creo que lo necesitas.

Parpadeó sorprendida. —No tengo sueño. —¿Sería una indirecta? —  
¿Y tú?

Ryan se echó a reír y se bajó del caballo. Nerviosa vio cómo se acercaba. —Preciosa, ¿quieres sexo?

Entrecerró los ojos. —¿Y tú?

La cogió por la cintura elevándola a su altura. —Sí, creo que me voy a echar un rato.

—Debería ir a ver a los cerdos —susurró mirando sus labios.

—Ya iremos más tarde.

## Capítulo 8

Dos meses después

Charlene miró la cabina de

teléfono mordiéndose el labio inferior. No saber nada de su familia era lo peor. Echaba muchísimo de menos a Rubi y deseaba oír su voz. Miró a ambos lados de la carretera y cruzó la calle. Hablaría poco tiempo para que no pudieran localizar la llamada.

Metió la mano en el bolsillo trasero del vaquero y cogió la tarjeta telefónica que acababa de comprar.

Había calculado la hora y en Nueva York serían las cuatro de la mañana, así que estaba segura que su prima estaría en casa. Marcó los números y esperó el tono mirando a su alrededor.

—¿Diga? —La voz somnolienta de Jake la hizo sonreír.

—Soy yo.

—¿Quién?

—¡Que se ponga Rubi, pesado!

—Hostia, ¿Charlene?

Escuchó como alguien le arrebatava el teléfono. —¿Charlene?

—¿Por qué no lo gritáis? Seguro que la policía no sabe que llamo —dijo irónica.

—No tienes tiempo. Al grano. Todo bien. Te queremos y el FBI te está buscando. ¡Cuelga!

—¿El FBI? —preguntó con los

ojos como platos—. ¿Por qué?

—¡Míralo en la red!

—¡Te quiero! —Colgó a toda prisa y salió de la cabina olvidándose la tarjeta dentro.

Angustiada miró a su alrededor y corrió hacia la cafetería. Intentó calmarse y puso una sonrisa en la cara acercándose a la camarera que debía tener unos diecisiete años y que en ese

momento servía café a unos clientes sentados a una mesa. —Perdona, ¿hay algún ciber por aquí?

La chica chasqueó la lengua. — ¿Un ciber? Eso es superantiguo.

—Es que no tengo conexión en casa y necesitaba mirar algo.

—Ah, espera. Te presto mi Tablet. ¿Un café?

—¿No te importa?

—Tengo tarifa plana. Mientras no te la lleves.

Agradecida sonrió. —Gracias. Sí, ponme un café y una de esas madalenas.

—Te voy a poner una tarta de manzana. —Se acercó para susurrarle —Las madalenas tienen una semana.

—Vaya, gracias. Le tengo mucho cariño a mis dientes.

La chica soltó una risita y fue detrás del mostrador. Se acercó con una Tablet blanca y la puso sobre la barra mientras ella se sentaba en un taburete.

—La próxima vez puedes traerte el portátil. Aquí al lado tienen wifi y me sé la clave.

—Eres una caja de sorpresas.

—Por cierto, me llamo Elisa.

—Charlene.

La chica perdió la sonrisa. —

¿Eres la mujer de Ryan?

—Vaya, ¿te han hablado de mí?

—Ten cuidado. El señor Randall te tiene entre ceja y ceja desde lo del coche de su hija.

Se quedó mirando a Elisa con cara de póker. Tenía el cabello muy rubio y los ojos castaños y parecía muy sincera. —Pues entonces tenía que

haberla criado con más educación.

Elisa le puso una taza delante. —

Todo el mundo sabía que su relación con Ryan no tenía futuro. Era de dominio público, pero nadie se atrevía a decírselo a Randall. Cuando se enteró, golpeó a Ryan, ¿lo sabías? —Charlene negó con la cabeza sintiendo que la recorrían mil demonios. —Sentí mucha pena por Ryan porque se sintió

impotente. Ella no dio la cara por él y se encontró en la calle. —Sonrió dulcemente. —Pero te ha encontrado a ti. ¿Cómo os va en el rancho?

—Trabajando mucho.

—Espero que os vaya muy bien.

En unos meses me voy a la universidad, pero espero volver y trabajar aquí de veterinaria.

—Eso nos vendría de perlas. El

otro día el veterinario estaba ocupado y perdimos a una cerda.

Se abrió la puerta y Elisa le guiñó un ojo colocándole la tarta de manzana delante. —Pruébala. Mi madre es una pastelera de primera.

—Gracias, Elisa.

Fue a atender a otro cliente y Charlene decidió relegar sus pensamientos sobre Ryan a un segundo

plano. Encendió la Tablet y accedió a internet. Decidió poner el nombre de la empresa. Tecleó Construcciones Thompson y se quedó de piedra al ver los titulares. ¡Uno de los edificios se había derrumbado! Se le cortó el aliento al ver una de las imágenes del edificio derrumbándose en medio de una cortina de humo. Leyó a toda prisa la noticia y gimió tapándose la boca al ver que

habían muerto veintitrés personas.

—Dios mío... —susurró

aterrada.

Pasó de una noticia a otra donde se dudaba sobre los materiales utilizados y se hablaba de las licencias.

Al parecer no se podía demostrar que se habían sobornado a ciertos políticos para conseguirlas. Se pasó la mano por sus rizos rubios pensando en qué hacer.

¿Por qué el FBI la estaba buscando?  
¿Pensarían que tenía información al ser  
acusada por Lewis? Su mano tembló. No  
pensaba meterse en eso. Ahí había  
demasiados intereses en juego y  
demasiados peces gordos a los que no  
les gustaba que les pisaran los callos.  
Por curiosidad puso su nombre en el  
buscador y no encontró nada de  
importancia. Alguna referencia de

alguna red social, pero nada que pudiera interesar a nadie. Cogió su taza levantándola lentamente y tan concentrada estaba bebiendo su café que no vio que alguien se acercaba.

Cuando estuvo a su lado levantó la vista distraída para ver a un hombre de unos cincuenta y tantos mirándola fijamente. Siguió mirando la Tablet cuando ese tío cogió su Tablet y la tiró

al suelo dejándola de piedra al pisarla con la bota.

—¿Pero qué hace? —gritó Elisa —. ¡Esa Tablet es mía!

El tío ni miró a Elisa. Llevaba el sombrero puesto, pero veía que las canas en sus patillas indicaban que tenía el cabello blanco y sus ojos marrones la miraban con odio. La señaló con el dedo. —Debería denunciarte.

—¿Qué? ¿Quién coño es usted?

—preguntó sin sentirse intimidada. Era lo que tenía tratar con los tiburones de Nueva York, que un hombre así la dejaba fría.

—Es Randall, Charlene —dijo Elisa enfadada—. ¡La que le voy a denunciar soy yo como no me pague mi Tablet!

—¡Aléjate de mi hija!

—¿Su hija? ¡Su hija debería alejarse de mi marido!

—Tu marido. ¡Ja! —dijo con desprecio—. Le conozco muy bien y sé por qué se ha casado contigo. —La miró de arriba abajo como si fuera una zorra y Charlene enderezó la espalda lentamente poniéndose a su altura.

—Le voy a decir algo —dijo fríamente—. Y escúcheme bien porque

no se lo pienso repetir. —Sonrió falsamente. —Así que suba el volumen de su sonotone. —El tipo se tensó. — Como la mosquita muerta de su hija vuelva a acercarse a mi hombre, la voy a despellejar. Me importa poco que sea hija del más rico del pueblo o que se vaya a casar con un abogado, al que por cierto no quiere. Ryan es mío. ¡Ustedes le echaron como a un perro de sus vidas,

así que ahora no vuelvan a jodernos!

—¡Clare no iría detrás de Ryan!

¡Ella tiene clase!

—¡Sí, tiene tanta clase que corre detrás de mi marido en cuanto su prometido se da la vuelta! —Randall la miró furioso y supo que se había ganado un enemigo de por vida.

—¡Esto lo vas a pagar! ¡Los dos lo vais a pagar!

—A mí no me amenace —dijo con desprecio intentando mostrar que no le tenía el más mínimo miedo—. Procure apartarse de mi camino. Y dígle a su niña que se olvide de los Dawson por la cuenta que le trae. Ahora deje ahí doscientos dólares para pagarle la Tablet a Elisa, antes de que diga algo de lo que me arrepienta.

El hombre se puso de un rojo

intenso y estuvo segura de que nadie le había llevado la contraria en su vida. Furioso cogió la cartera del interior de la chaqueta y dejó todo el dinero que tenía sobre la barra. Charlene levantó una ceja al ver más de mil pavos. Estaba claro que quería dejar clara su posición. —Cógelo Elisa. Y quédate con la propina.

Elisa alargó la mano para coger

el dinero. La chica no era tonta. No protestó en ningún momento.

—Ahora escúchame tú, zorra americana. —Charlene sonrió divertida fastidiándole aún más. —Mi hija se va a casar este fin de semana. Aléjate tú de ella.

—¿Se va a casar? —Miró a Elisa atónita. —Es increíble lo que hace la gente por conservar su dinero.

Randall no lo soportó más y la cogió por la nuca golpeando su cabeza sobre la barra. Elisa gritó asustada tapándose la boca dando un paso atrás mientras el viejo acercaba su cara a la suya sin soltarla. —Cierra la puta boca —siseó él—. Tócale un pelo a mi hija y te mato.

Charlene ahí se asustó porque se dio cuenta de que estaba acostumbrado a

que todo el mundo se arrodillara ante él. Pero ella no era así. Ya no. Cogió la taza de café y se la estrelló en la frente haciendo que diera un paso atrás atónito. Furiosa porque la había asustado, le dio un golpe en la rodilla sin levantarse de la silla e inclinándose hacia atrás levantó la pierna golpeándole en la barbilla. Randall cayó hacia atrás sobre una de las mesas que se rompió por su

peso. Todo el mundo en la cafetería la miró con los ojos como platos al ver que estaba inconsciente y Charlene tomó aire antes de mirar a Elisa. —Siento lo de la Tablet.

—No te preocupes. Ten cuidado, ahora no os dejará en paz.

Apretó los labios levantándose.  
—Gracias por todo.

Salió de la cafetería mientras

todos la observaban y al salir a la calle fue rápidamente hacia el Jeep. Ryan se iba a cabrear muchísimo.

Cuando llegó a la casa corrió al interior y cogió la radio. —¿Ryan? Ryan, ¿estás ahí?

—Ahora mismo está ocupado marcando, señora —dijo Daniel su vaquero de media jornada. Ryan estaba encantado con él porque se dejaba la

piel las horas que estaba allí para que todos salieran adelante. Daniel sólo quería trabajar para Ryan, ya que había empezado con él en el Rancho Randall cuando tenía catorce años y le quería como a un padre.

—Dile que he tenido un problema con Randall.

—Sí, señora.

—¡Y llámame Charlene!

—Sí, señora.

Puso los ojos en blanco esperando y un minuto después contestó Ryan. —¿Qué ha pasado, nena?

—Me lo he encontrado en una cafetería. Ryan me ha agredido y me he defendido. Te lo juro.

—¿Qué te ha agredido?

—Sí, no es nada, pero yo le he dejado inconsciente.

Escuchó llegar un coche y miró por la ventana. —¡Ryan, viene la policía!

—¡Voy para allá!

El coche patrulla se detuvo ante la casa y ahí sí que se asustó de veras porque si la fichaban puede que el FBI la encontrara. ¡Dios, qué idiota!

Los policías se bajaron del coche y uno de ellos se quedó mirando

alrededor mientras otro iba hacia la casa tranquilamente. Nerviosa se acercó a la puerta y salió al exterior. —¿Me están buscando?

—¿Es usted Charlene Dawson?

—Sí.

—Hemos recibido una denuncia contra usted. Debe venir a aclarar el asunto en comisaría.

—¡Me agredió primero!

—Eso ya lo sabemos, señora.

Pero debe venir a hacer una declaración formal para que el juez desestime los cargos.

—Entiendo. —Nerviosa miró a su alrededor. —¿Podemos esperar a mi marido? Estará al llegar y...

El policía negó con la cabeza. —Lo siento, pero debemos irnos. —La cogió por el brazo. —Vamos.

Fueron hasta el coche y el otro policía abrió la puerta de atrás. Se metió en el coche y apretó las manos mirando a su alrededor. ¡Ryan no llegaría a tiempo!

Se encaminaron hacia el pueblo y al llegar a comisaría se encontró con Clare de la que entraban. —¿Qué le has hecho a mi padre? ¡Está en el hospital! —gritó histérica.

—¿En el hospital?

—Tranquila, sólo es por precaución —dijo uno de los policías apartando a Clare—. Y tú deberías estar con tu padre.

—¡Quería asegurarme de que la deteníais! ¡No se va a ir de rositas!

—Siéntese, señora Dawson.

Que la llamaran así puso frenética a Clare que gritó —¡Espero

que se pudra en la cárcel!

—Deberías mantener la boca cerrada, Clare. Según los testigos, el que podría ir a la cárcel es tu padre.

Clare palideció. —¡Estáis locos!  
¡Como ella!

—Mira quién fue a hablar de locura —dijo sin poder reprimirse.

En ese momento llegó Ryan y Charlene se levantó yendo hacia él.

Ryan la abrazó dejando a Clare con la boca abierta. —¿Qué está pasando aquí? —preguntó furioso—. ¿Habéis detenido a mi mujer?

—No, sólo queremos su declaración.

Él la alejó para mirarla y vio su mejilla sonrojada. —¿Te ha pegado?

—Ryan, tranquilízate. Sólo necesitamos su declaración y podrá irse

a casa.

Los ojos de Clare se llenaron de lágrimas. —Serás cabrón. —Todos se quedaron de piedra al verla descompuesta. —Me dijiste que la dejarías.

Charlene palideció al escucharla. —¡Me dijiste que sólo necesitabas tiempo porque ella no tenía donde quedarse! —gritó histérica.

Ryan la miró fríamente. —Nunca te he dicho eso.

—¡Claro que sí! —Fuera de sí le cogió por el brazo apartándolo de ella y señaló a Charlene. —Una semana después de que me tiraras las piedras me llamó a casa, ¿sabes? ¡Y quedó conmigo a un kilómetro de tu casa! ¡Me dijo que si dejaba a mi prometido, él pediría el divorcio!

El corazón de Charlene se retorció escuchándola porque tenía la sensación de que era totalmente sincera. Dio un paso atrás mirando a Ryan que estaba muy tenso mientras ella continuaba diciendo —Me dijo que te había traído de los Estados Unidos y que habías invertido tu dinero en el rancho. ¡Que no podía dejarte en la calle, pero que lo arreglaría!

La traición la recorrió de arriba abajo y dolida agachó la mirada para que no viera el dolor en sus ojos. Ella pensaba que en esos días estaban bien. No esperaba que la amara, pero lo que sí que no esperaba, era que la traicionara de esa manera.

—Nena, no fue así. Está tergiversando nuestra conversación.

Charlene miró al policía. —

¿Puedo declarar e irme a casa?

—Sí, por supuesto —respondió incómodo—. Siéntese.

Ignorando a todo el mundo se sentó en su sitio totalmente rota. En ese tiempo que habían vivido juntos había sido inevitable que se enamorara de él y tuvo la esperanza de que Ryan sintiera lo mismo, pero en ese momento se dio cuenta de que su sentido del deber le

había obligado a continuar con ella. Ese sentimiento de dolor le hizo darse cuenta que su lugar no estaba allí. Que todo había sido una mentira, a veces un sueño maravilloso, pero una mentira al fin y al cabo.

—Muy bien. ¿Su nombre es Charlene Dawson? —Se quedó en silencio mirando sus manos, que en ese momento apretaba con fuerza.

—Nena, te juro que no pienso lo que dice.

Charlene levantó la vista lentamente y miró al policía a los ojos.

—Mi nombre es Charlene Elizabeth Postlewait y me busca el FBI.

Entonces se desató el caos. Ryan gritó preguntando qué estaba diciendo y mientras Clare se reía. El policía levantó el teléfono mientras hacía un

gesto al otro policía que la levantó por el brazo dispuesto a esposarla.

Ryan intentó impedirselo. —  
¿Qué estás haciendo, nena? ¿Por qué mientes?

—¡Aparta, Ryan! —El policía le empujó por el pecho para apartarlo.

—¿No os dais cuenta? Está dolida y está mintiendo. —Nervioso se pasó la mano por su pelo negro. —

¡Nena, díles que estás mintiendo!

—No miento. —Le miró a los ojos y sonrió con tristeza. —Ha estado bien, pero ha llegado la hora de que cada uno siga su vida. —Sintió como la esposaban y una lágrima cayó por su mejilla. Tiraron de sus muñecas hacia atrás. —Adiós, Ryan.

—Pero, ¿qué coño dices? —Su marido estaba asombrado. —¿Qué clase

de broma es esta?

—Déjala, cariño —dijo Clare emocionada cogiéndolo del brazo.

—¡Suéltame, zorra avariciosa!

Charlene se volvió hacia donde la llevaba el policía y Ryan fue hacia ellos. —¡No ha hecho nada! ¡No puedes detenerla!

El otro policía se levantó de la mesa y se interpuso entre él y su mujer.

—Hasta que todo esto se aclare, quedará bajo custodia.

—¡La has esposado!

—¡Ha confesado que es una fugitiva!

Ryan palideció viendo como la metían en el ascensor. —Pero eso no puede ser... ¡Charlene!

Cuando se cerraron las puertas del ascensor cerró los ojos intentando

sobrellevar el dolor. No le vería más.

—¿Por qué lo ha hecho? ¿Por qué se ha delatado? —preguntó el policía asombrado—. Había empezado una nueva vida y nadie sabía nada. ¿Por qué lo ha hecho?

—Por él. Cree que me ha metido en esto y que me ha utilizado. Tengo que demostrarle que le he utilizado a él para que siga su vida.

—Esa mujer no le merece. Ryan merece una mujer mucho mejor.

—No es la que merece. Es la que quiere. No siempre tenemos lo que merecemos.

—Eso es muy cierto. Pero si me pregunta a quién quiere, creo que ha metido la pata hasta el fondo.

Ahora ya no había marcha atrás.

## Capítulo 9

La metieron en una celda y esperó. Esperó durante dos días sin pedir abogado, ni permitir que su

marido la visitara. Simplemente recordaba los buenos momentos con tristeza. Y durante esos meses habían tenido bastantes. Realmente había sido feliz a su lado. Debía reconocer que hubo momentos duros sobre todo por el trabajo, pero respecto a ellos en cuanto se amoldaron el uno al otro fue perfecto. O al menos eso había creído ella. Sentada en su cama, abrazó sus piernas

mirando la pared de enfrente, cuando escuchó las llaves acercándose. Ni se movió porque seguramente era la comida.

—¿Charlene? —Roy se acercó a la puerta. En esos días habían hablado mucho porque la interrogaron sobre su situación. —Ya están aquí. Te esperan arriba.

—Bueno, ha llegado la hora. —

Se levantó forzando una sonrisa.

—Vamos.

Al llegar al piso de arriba vio a Ryan sentado en una silla esperando y en cuanto la vio se acercó a ella. —No te preocupes por nada. He llamado a Adrien y te espera en Nueva York. Él se encargará de todo y ya está trabajando en ello.

—¡No! ¡Déjalo y sigue con tu

vida! —protestó dejándose llevar—.

¡Olvídate de mí!

Ryan juró por lo bajo impotente.

En cuanto entró en aquella sala y vio a aquellos dos hombres vestidos de traje azul oscuro, supo que se había metido en un lío de primera.

—Siéntese, señora Dawson. Soy el agente Bronson y él es el agente Rise. Somos los hombres asignados a su caso

—dijo el más mayor tirando una foto del edificio destruido ante ella.

Roy se quedó allí de pie y el otro agente del FBI le hizo un gesto con la cabeza para que se fuera.

—Está bajó la custodia de la policía y no se encuentran en su jurisdicción, así que yo si fuera ustedes no me pondría gallito, porque podría hacer que tuvieran que esperar a que un

juez diera orden para extraditarla. Y eso podría durar meses.

Los del FBI se miraron antes de que se sentaran ante ella. —Muy bien, explíquenos por qué ha huido del país. —Pusieron la foto delante. —¿Sabía algo de eso?

—No. Les juro por lo más sagrado que no sabía nada de algo así. Si lo hubiera sabido, habría sido la

primera en denunciarlo. De eso pueden estar seguros.

—¿Y qué es lo que sabe?

—No sé nada. Supongo que están al corriente de mi caso. Sólo vi algo inflado el presupuesto de electricidad de una obra de Manhattan. Entonces se encontró el dinero en mi cuenta y me detuvieron.

—¿Sólo eso? ¿No encontró nada

más? Me está diciendo que por un presupuesto inflado le echó a la justicia encima. ¿Qué nos oculta? —Ella negó con la cabeza. —¿Sabe? Por curiosidad rastreamos el origen de esos veinte mil y ... —Abrió un expediente sacando una hoja que dejó ante ella. —Y hemos descubierto algo muy interesante. Resulta que Construcciones Reader, la empresa que supuestamente le pagó ese

dinero por el espionaje, es propiedad de Construcciones Thompson.

—¿Qué? —preguntó sorprendida mirando la hoja.

—No es de dominio público. Ni siquiera sus empleados lo saben. Su dueño se jubiló hace seis años y Lewis Thompson compró la empresa bajo mano, utilizando una sociedad fantasma en las Islas Vírgenes. Puso a otra

persona a dirigirla y todo el mundo pensaba que era un elegido de Reader, cuando en realidad el pobre hombre no tenía ni idea de lo que se cocía allí.

—¿Por qué hizo eso?

—Para realizar sus chanchullos subcontractaba a la otra constructora y así su nombre quedaba limpio de cualquier problema. Hasta que pasó esto. — Señaló la foto. —Ha muerto mucha

gente.

—Lo sé.

—¡Pues denos algo!

Ella entrecerró los ojos. —¿Qué necesitan?

—Una conexión. Una conexión real entre Lewis y Reader. Un mail, una llamada de teléfono, lo que sea.

—¿Y mis veinte mil?

—No podemos relacionarlos con

Lewis. De momento está limpio, aunque la prensa se lo está comiendo vivo.

—Por las filtraciones que ustedes les proporcionan, seguramente.

—Es muy lista.

—He trabajado con Lewis mucho tiempo.

—Por eso tiene que saber algo.

—De eso no sé nada...—Miró de reojo a Roy. —Pero me llevé algo de

su ordenador de casa.

—¿Algo?

—Eso no vale como prueba —

dijo Roy interrumpiéndola.

—¡Cierre la boca! ¡No

interrumpa!

—Da igual, Roy.

—Creo que deberías llamar a tu

abogado. Este interrogatorio es

totalmente irregular.

—Es una charla de amigos —  
dijo el agente Rice—. Ella nos da lo que  
necesitamos y nosotros nos vamos  
tranquilamente y sus antecedentes  
desaparecen misteriosamente.

—¿Mis antecedentes  
desaparecerían? ¿Podría volver si  
quisiera?

—Podría hacer lo que le diera la  
gana, pero denos algo para pillar a ese

cabrón.

Miró de reojo a Roy que dijo —  
Lo queremos por escrito. Queremos una  
declaración jurada del fiscal que lleva  
su caso, exonerándola de todo.

Los agentes se miraron. —Antes  
de nada, díganos que tiene.

—Copié todos los archivos de  
su ordenador a una memoria externa.

—¿Y qué contienen esos

archivos?

—No los he revisado. Desde que salí de Nueva York está en la funda de mi portátil. Los cogí la noche antes de irme del país.

—Eso fue dos meses después de su detención —dijo agudamente.

—Pues sí. —Levantó la barbilla retándole con la mirada. —Y quiero recuperar mis cien mil de la fianza.

—Eso no se será problema...—

La miró a los ojos. —¿Y no ha revisado esos archivos? ¿Después de lo que se jugaba, no lo ha hecho?

—No conoce a mi marido—dijo divertida—. No he tenido un minuto de descanso desde que me casé. —Roy sonrió. —Y no los iba a abrir delante de él para que me hiciera preguntas. Cuando recordaba que los tenía, siempre

lo dejaba para después. Fue hace dos días que llamé a mi prima cuando me enteré de eso. —Señaló la foto. —He vivido bastante aislada.

—¿Dónde está esa información?

¿En casa de su marido?

—Hasta que no veamos los papeles del fiscal exculpándola, no tiene ni idea —dijo Roy muy serio.

—¿Puede que no nos sirvan de

nada! ¿Y si está jugando con nosotros?

—Han jugado con ella primero.

¡Sabén de sobra que ella no hizo nada!

¡Tendrán que correr el riesgo y de paso

harán algo bien para variar!

Asombrada miró a Roy por su  
defensa. —Deberías estudiar derecho.

—En esto me va muy bien.

—Ya lo veo. —Sonrió a los  
agentes. —Ya saben. Quiero los papeles

y mi dinero. En efectivo y les daré encantada la memoria externa para olvidarme de Lewis de una puñetera vez. Y quiero que mi abogado revise esa documentación en Nueva York con el fiscal. Apunten se llama Adrien ...—  
Levantó una ceja. —Apunten, Adrien...  
—El agente cogió un bolígrafo furioso.  
—Williams.

Roy se acercó levantándola del

brazo. —Mientras tanto, creo que la señora Dawson debe quedarse en su casa.

—¿Y si huye? ¡Ni hablar!

—No pasa nada, me quedaré en la celda. —Era un precio muy pequeño por su libertad.

Roy la sacó de allí y su marido esperaba impaciente. —¿Cómo ha ido? ¿No se la llevan?

—Llama al abogado, Ryan. Que esté preparado para la llamada del FBI.

—¿Pero qué coño está pasando?

—¡No podemos comentar nada!

—dijo Roy muy alto llevándola hacia el ascensor—. Y lo mejor es que cuanto menos gente lo sepa, más beneficioso será para ella. —Cogió a Ryan del brazo y susurró —Vete a casa y tráeme el ordenador de Charlene. No se lo digas a

nadie.

Se metieron en el ascensor y Ryan la miró a los ojos. —Nena, ¿estás bien?

No sabía cómo sentirse respecto a él y mirando sus ojos azules no fue capaz de responder. Hacía sólo unos minutos pensaba que iba a pasar mucho tiempo en la cárcel y que no le volvería a ver y ahora resultaba que tenía una

oportunidad. ¿Pero quería esa oportunidad con él? Era algo en lo que tendría que pensar y mucho, si su tema legal se resolvía.

Esa misma noche Roy la sacó de la celda. —¿Qué ocurre?

—Hemos recibido un mail de tu abogado y he hablado con él por

teléfono. Tiene los papeles en su poder.

Todo está arreglado.

—¿Tan rápido? —preguntó sorprendida.

Roy no respondió y la subió al ascensor. —Tu ordenador está en mi oficina. Ya podemos terminar con esto en cuanto te den tu dinero.

—Bien. —Le miró de reojo. —  
Gracias por todo.

—Necesitabas ayuda. No ha sido nada. Tienes problemas más graves cuando salgas de aquí.

—¿Qué? ¿Qué problemas?

—No sé... un marido que no sabía nada y con el que estás cabreada. Una antigua novia que se casa supuestamente mañana y un rancharo con mala leche y la mandíbula rota.

—¿Le he roto la mandíbula?

—Como te agredió primero, la fiscalía no presentará cargos. Pero ya han empezado los problemas.

—¿Qué ha hecho?

Se abrió la puerta del ascensor.

—Acabemos con un tema antes de empezar con el siguiente.

Asintió acompañándole hasta la sala de interrogatorios y cuando se abrió la puerta se sorprendió de que Ryan

estuviera allí con la funda del ordenador en la mano. —¿Qué hace él aquí?

—Ya no estás bajo custodia. Tu marido está aquí como testigo —dijo Roy—. Siéntate Charlene.

Los agentes ni se levantaron. Rice le pasó unos documentos. —Estos son una copia de los que tiene tu abogado y ...—Puso una bolsa sobre la mesa. —Tus cien mil dólares. En cuanto

nos des lo que queremos, no te molestaremos más.

Ella revisó los papeles. En ellos se explicaba claramente que ella quedaba exonerada de cualquier cargo relacionado con la empresa y estaban firmados por el fiscal del distrito. Se retiraban todos los cargos en su contra. Leyó hasta la última coma para asegurarse de que no la intentaban pillar

de otra manera, pero todo parecía estar en orden. Abrió la bolsa y contó el dinero. —Muy bien. Cien mil dólares. Aunque debería demandar a ese cabrón por todo lo que tuve que dejar en Nueva York.

—Es libre de presentar una demanda civil por difamación en cuanto le pillemos. Si es que tiene algo para que le pillemos.

—Ryan, llévate el dinero —dijo

sin dejar de mirar a los agentes.

—Nena, no pueden tocarte.

—No sé lo que hay en ese disco duro. Yo no he hecho nada, pero no me fio. Llévate el dinero.

Su marido se acercó cogiendo la bolsa y la copia de los papeles. Dejando su ordenador sobre la mesa. —No sé por qué tienes que quedarte. Que los

revisen ellos en Nueva York.

—Han muerto personas, Ryan.

—Le miró a los ojos. —A ellos se le pueden escapar cosas que yo estoy acostumbrada a ver. Vete a casa.

Ryan asintió saliendo de allí.

—¿Empezamos? —preguntó

Rice impaciente.

Ella abrió la funda y dijo —Por supuesto.

Siete horas después estaba agotada después de revisar la mitad de los archivos.

Los agentes del FBI se tiraban de los pelos de la frustración. —Ese cabrón es muy listo —dijo Rice antes de beber del vaso de café para darse cuenta que estaba vacío.

Charlene también estaba desmoralizada. Ese cerdo se iba a librar después de todo lo que había hecho. No era justo.

Abrió una carpeta que ponía Impuestos y se preparó para cuatro horas de aburrimiento cuando se dio cuenta de que no eran los impuestos de Construcciones Thompson.

—¡Bingo!

Los agentes se tiraron sobre el ordenador para mirar la pantalla. —¿Es la contabilidad de la otra compañía?

Los ojos de Charlene brillaron. —Es la contabilidad de tres compañías de las que no tenía ni idea, incluida la de Reader.

Los agentes chocaron sus manos antes de chocar sus pechos haciendo reír a Roy que seguía sentado en su sitio.

Con curiosidad abrió la carpeta de Reader y se quedó estupefacta al comprobar que era una contabilidad B. Lewis no saldría de la cárcel en muchos años.

Charlene suspiró. —¿Cómo van a justificar esta información?

—No lo necesitamos. Sólo necesitábamos encontrar sus puntos débiles antes de tirar del hilo y gracias a

ti tenemos un montón de hilos de los que tirar.

El agente iba a coger el ordenador. —¡Ah, no! —Sacó el USB tendiéndoselo. —El ordenador es mío.

—Por diez mil te podías estirar.

—En estos últimos meses he aprendido a no derrochar. —Sonrió dulcemente cerrando la cremallera. —Caballeros, ha sido un placer. —Cogió

el asa de su maletín y fue hasta la puerta. Al salir con Roy detrás fueron hasta donde su marido estaba esperando sentado en una silla. El pobre se había quedado dormido de agotamiento.

Se volvió hacia Roy. —¿Qué más problemas tengo aparte de haberle roto la mandíbula a ese gilipollas?

—Han aparecido unos cerdos muertos. Bastantes.

Ella apretó las mandíbulas. —

¿Cuántos?

—Unos sesenta.

¡Aquello era una ruina! Se volvió hacia Ryan. —¿Ha envenenado el depósito de agua?

—Sí. Y dentro de lo que cabe habéis tenido suerte porque podían haber muerto todos.

—¿Tú qué piensas hacer?

—No tengo pruebas. No puedo hacer nada de momento.

Suspiró mirando a su marido. —  
¿Qué te ha dicho él?

—Tienes que vigilarle. Estaba preocupado por ti y dejó su venganza de lado, pero en cuanto estés en casa buscará la manera de tomarse la justicia por su mano. No quiero tener que detenerle. Eso sería su ruina. Vuestra

ruina, porque tú no puedes encargarte de todo.

Se volvió hacia Roy. —¿Qué me aconsejarías hacer?

El policía sonrió. —Mañana hay una boda.

Charlene levantó una ceja. —No estoy invitada.

—Precisamente por eso. —Le guiñó un ojo girándose. —Yo sí que

estoy invitado y casi todo el pueblo.

¿Le estaba diciendo que casi no habría nadie en la finca y que podía hacer lo que le diera la gana? Se acercó a su marido y le tocó en el hombro sobresaltándolo. —Nena, ¿todo bien?

—¿Nos vamos? —respondió porque no estaban las cosas bien en absoluto.

Ryan apretó los labios

levantándose y la siguió al exterior. —  
Te juro que no le dije eso.

Se subió al jeep sin mirarle y él continuó rodeando el jeep. —Le dije que todo había cambiado. Que ahora tú estabas aquí y que te habías trasladado de Nueva York... ¡Tergiversó lo que le conté! ¡O se lo imaginó, no lo sé! ¡Pero nunca le dije que me divorciaría de ti!

Sentado a su lado la cogió de la

barbilla para que lo mirara. —Nena, te lo digo en serio.

—Sólo te voy a hacer una pregunta. —Él asintió. —¿Por qué quedaste con ella? Por qué me traicionaste quedando con tu antigua novia a escondidas a un kilómetro de casa.

—No te he sido infiel. ¡No me acosté con ella!

—¡Me has mentido! —gritó

desgarrada.

—¡Y tú a mí también!

A Charlene se le cortó el aliento.

—Tienes razón. Nos hemos utilizado los dos. Yo para salir del país y tú para intentar recuperar a tu novia. Pues parece que ambos hemos tenido éxito.

—¡No quiero recuperarla! ¡Por

Dios, se casa mañana!

—Todavía estás a tiempo de impedirlo porque esto se ha terminado.

Ryan encendió el motor. —Ni hablar.

—No puedes detenerme.

—Claro que puedo. De momento te he escondido los cien mil dólares — dijo fríamente—. Y el pasaporte.

—¡Puedo denunciarte! —gritó indignada.

Ryan sonrió divertido. —Roy me dará la razón. Le has caído muy bien, ¿sabes? Lo de romperle la mandíbula a Randall casi te ha hecho la heroína del pueblo.

—Pues se van a quedar si heroína muy pronto.

Él chasqueó la lengua. —No lo creo. Nena, tienes que estar agotada. Mañana lo verás todo de otro color. Por

cierto, Doris ha dejado comida en la nevera para que no tengas que mover un dedo en unos días.

—Me largo mañana —susurró mirando por la ventanilla.

—No tienes dinero. ¿Cómo piensas conseguir el billete? Y lo más interesante, ¿cómo vas a salir del país sin pasaporte?

Charlene perdió los nervios. —

¡Si crees que voy a quedarme en esta mierda de sitio e invertir mi dinero en tu asqueroso rancho, estás muy equivocado!

Ryan se tensó y de inmediato se arrepintió de sus palabras. Pero era lo mejor. Él no la quería y era hora de que Charlene volviera a su vida.

Sin dirigirse la palabra llegaron a la casa y disgustada se bajó del coche

a toda prisa. Furiosa entró en la casa y se agachó para sacar una de sus maletas arrastrándola hacia afuera. Ryan entró en la casa y cerró la puerta lentamente sin perderla de vista. Charlene fue hasta el armario y al abrirlo vio la bolsa de caramelos a la mitad. Furiosa la cogió y se la tiró a Ryan. La bolsa se abrió desperdigando los caramelos por toda la casa.

—Compórtate como quieras,  
pero no te vas a ir.

—¡Dame mi pasaporte! —gritó  
histérica.

—Es interesante que no hayas  
dicho que te diera tu dinero.

—¡Eso también!

—El dinero nunca te ha  
importado, nena. Sino no me hubieras  
dado lo único que tenías para que

saliéramos adelante. Te hubieras largado y no hubiera podido impedírtelo porque no tenía ni idea de lo que estaba pasando —dijo fríamente—. ¡Pero ahora sí puedo impedírtelo y te juro por lo más sagrado que no te vas a ir!

—¿Quieres guerra? —dijo furiosa.

—¿La quieres tú? Porque te aseguro que no voy a cortarme.

Cogió los vaqueros y los tiró sobre la maleta abierta. —¿Qué pasa? ¿Qué tu princesita no quiere vivir aquí? —preguntó irónica—. ¡Pero si esto es de lujo! En cuanto se tenga que limpiar el trasero detrás de una piedra, estará encantada de la vida.

—No es eso.

—¡Claro que es eso! Lo que pasa es que ella no quiere vivir aquí y

por supuesto tu orgullo no soporta tener que sacrificar todo por lo que ha luchado toda la vida por una mujer que te dejó en ridículo ante todo el mundo. —Ryan palideció. —Por eso te reuniste con ella. ¡Querías averiguar si teníais una oportunidad! —Sonrió falsamente. —¿Qué te dijo? ¿Qué convencería a papá para que pasara por el aro y viviríais en su rancho?

—No fue así.

—¡Vuelves a mentir! Pero al llegar a casa te diste cuenta que me tienes a mí. ¡Que trabajo como una burra para sacar tu precioso rancho adelante y además te proporciono una cama caliente! ¿Qué más da una que otra, verdad Ryan? —Cogió las camisetas y las tiró sobre la maleta. —La diferencia entre tú y yo, es que a mí sí me importa

que la persona con la que comparto mi vida quiera tener a otra en su cama.

—¡Sí que me importa quien comparte mi cama! —le gritó a la cara —. ¡Puede que metiera la pata al intentar averiguar si lo que sentía por ella aún estaba allí, pero no me voy a disculpar por quedarme contigo! —La cogió por los brazos. —¡Eres mi mujer! ¡Y te vas a quedar a mi lado!

—¡No!

Ryan la cogió por la nuca y atrapó su boca. Charlene le golpeó en los hombros intentando resistirse, pero él la cogió con el otro brazo por la cintura pegándola a su cuerpo. Cuando su lengua acarició la suya gimió sin poder evitarlo y él apartó sus labios para mirarla a los ojos. —¿Quieres dejarme, nena? ¿Quieres dejar esto y el

futuro que intentamos construir juntos?

No te lo voy a permitir. —Volvió a besarla y cogiendo sus cabellos tiró de su cabeza hacia atrás para dejar expuesto su cuello. Abandonó su boca y sus labios lo recorrieron hasta llegar a su hombro.

Asustada por lo que sentía, tembló entre sus brazos y susurró —No me quieres. Déjame marchar.

—No la quiero en mi vida. Y vas a darte cuenta, aunque sea lo último que haga. —La cogió en brazos y la tumbó sobre la cama. Se quitó la camiseta de manera brusca y sus manos fueron al pantalón.

—Ryan, ¿qué haces?

—¿Qué crees que estoy haciendo? —Se bajó los pantalones y ella entrecerró los ojos al ver su

excitación. —Nena, desnúdate.

—¡Que te den!

—Sí, cielo. Vas a darme muchas cosas.

Charlene intentó levantarse, pero él la cogió por los brazos tumbándose sobre ella. —¡Suéltame!

—No, preciosa. Eres mi esposa y voy a hacer que te des cuenta.

Ella le agarró del pelo y Ryan se

echó a reír tirando de su camiseta hacia arriba. —¿Quieres pelear? —Su mano llegó a su pecho y lo amasó haciendo que se retorciera de placer. —No puedes luchar contra lo que tenemos, preciosa. —Agachó la cabeza y chupó el pezón provocando que Charlene arqueara su espalda pidiendo más. —Eso es, nena. Déjate llevar. —Siguió torturando sus pechos hasta que ella ya

no era consciente de lo que ocurría. Y cuando sus labios bajaron por su vientre levantó las caderas para que Ryan le quitara los pantalones deseando tenerle dentro. Ryan se colocó entre sus piernas y la besó de tal manera que Charlene lloriqueó de necesidad por él. —Ya voy, nena. —Entró en ella haciéndola gritar de placer. Cerró los ojos y él susurró contra sus labios. —Soy parte de ti y

nada podrá cambiar eso. —Salió lentamente de ella haciéndola gemir. Su vientre se tensó por miedo a perderle, pero Ryan entró en ella con fuerza de nuevo robándole el aliento. Se aferró a su cuello y él le dio lo que necesitaba una y otra vez moviendo las caderas con fuerza. Charlene gritó de necesidad y Ryan la besó antes de estremecerla de placer con un último empujón que la

hizo volar hacia el paraíso.

## Capítulo 10

Se despertó cuando el sol la molestó en los ojos y se sentó en la cama. Por la altura del sol ya era tarde.

¿La había dejado sola? Se vistió a toda prisa y se preocupó. El Jeep no estaba, así que no había ido a trabajar. Era el día de la boda de Clare. ¿Habría ido a interrumpirla?

—Eso sí que no —siseó fuera de sí.

Salió furiosa de la casa pensando en llamar a Daniel para que fuera a buscarla, pero tardaría en llegar.

Con los ojos entrecerrados miró el pequeño establo que le habían construido a Eclipse. —Puede que te rompas el cuello, pero merece la pena.

Fue hasta allí y abrió la puerta. Eclipse relinchó al verla y levantó las manos. —¿Vas a portarte bien? Porque no estoy para bromas.

El caballo se la quedó mirando sin hacer un movimiento. —Buen chico.

Le costó ponerle la silla de Ryan porque pesaba muchísimo, pero al final consiguió sujetarla. Incluso consiguió colocarle las riendas. Lo más difícil fue el bocado porque temía que la mordiera. Pero lo consiguió.

—Ahora vamos a ir a esa iglesia para detener a papá —dijo suavemente colocando el pie en el estribo. Se subió pasando la otra pierna sobre la silla y

casi chilla de alegría cuando consiguió sentarse derecha. —Bien, muévete.

Movió las riendas y Eclipse caminó lentamente tres metros. —¡Venga ya! ¡Así no llegaremos nunca! —De repente la silla se movió hacia la derecha inclinándola peligrosamente. — ¡No! No, no, no. —La silla se inclinó del todo antes de caer hacia el vientre del caballo tirándola al suelo. Tumbada

boca arriba sobre la hierba suspiró ignorando el dolor y Eclipse relinchó sobre su cara. —Ya lo sé. ¡No la he ajustado bien! Pero es culpa tuya. ¡No quería hacerte daño!

Eclipse volvió a relinchar sobre ella dándole la razón. —Esto es imposible. —Se levantó dolorida y susurró —Necesito transporte. —Puede que si llegaba hasta la carretera un

coche la llevaría hasta la Iglesia.

Entonces escuchó un ruido de motor y casi chilla de alegría cuando vio llegar a John con Doris. Corrió hacia ellos y detuvieron el coche a medio camino. —¿Qué estás haciendo? —preguntó su cuñada con los ojos como platos—. ¿Te han soltado ya?

—Sí, no tengo tiempo. —Se subió a la parte de atrás. —A la Iglesia.

—¡Ah, no! ¡Baja del coche antes de que salgamos en el periódico! —ordenó su cuñado—. ¡Y no hablo del mío!

—¡Ryan ha ido a la Iglesia!

—¿Estás loca? —preguntó Doris sin salir de su asombro quitándose un mechón negro de su ojo para mirarla bien—. ¿Para qué iba a querer ir a la Iglesia?

—Quiere detener la boda. Lo sé.

—La miró como si estuviera chiflada y siseó —Pero no sabe que yo voy para allá.

Doris forzó una sonrisa. —¿Qué tal si volvemos a la casita y te acuestas un rato?

—Sí, creo que ha sido demasiado estrés para ti en estos días —dijo su marido dándole la razón

rápidamente.

John llevó el coche hasta la casa y Doris miró el caballo atónita—¿Tú le has puesto la silla? ¡Si no sabes montar!

—¡Te estás poniendo muy pesada! ¡Tengo que ir a la Iglesia!

—Válgame Dios. Pobre caballo —dijo John bajándose del coche para acercarse a Eclipse.

—Vale. Si no queréis

ayudarme...

Se bajó del coche y antes de que nadie pudiera impedirlo, se subió al asiento del conductor cerrando la puerta.

Doris chilló a su lado —¡Estás loca!

Aceleró a tope asustando a Eclipse, que relinchó sobre sus patas traseras mientras Charlene cogía velocidad.

—¡Charlene por Dios, nos vas a

matar!

—Y ayer intentó convencerme de que me quedara —dijo furiosa—. ¿Y hoy corre tras ella? ¡Se van a enterar! ¡Antes les meto cuatro tiros!

Doris la miraba con sus ojos azules como platos. —Necesitas un calmante. ¿Qué te parece si nos detenemos en la consulta del médico?

—¡El médico es lo que van a

necesitar ellos cuando termine lo que pienso hacer! —Cogió el desvió de la ciudad y Doris gritó intentando sujetarse cuando la parte trasera del vehículo derrapó. —¡Mira que jugármela después de lo de ayer! ¡Con lo pesado que se puso!

—¡De verdad que sólo estás diciendo disparates! ¡Detén el coche!

—¡De eso nada! ¡No quiero

perdémelo!

Entraron en la ciudad a toda velocidad y Doris gritó de miedo al pasar por encima de un badén. —Dios te salve María, llena eres de gracia...

Miró a su cuñada atónita. —  
¿Estás rezando?

Su cuñada miró hacia delante y gritó cubriéndose la cara con las manos. Charlene miró al frente y frenó de golpe,

pero no pudo evitar empotrarse contra la limusina detenida ante la Iglesia.

Los airbags saltaron y gimió ante el globo que tenía en la cara. Ahora sí que la había hecho buena. Intentó apartar a aquella cosa, pero no se desinflaba. —

¿Doris?

—Te odio.

—Pagaré la reparación.

—Te odio. Eres la peor cuñada

del mundo.

—Seguro que las hay peores que yo.

—Lo dudo.

—Ya me darás la charla después.

—¡Deberían extraditarte!

—Serás quisquillosa. Sólo ha sido un golpecito de nada.

Entonces escucharon el sonido

de la ambulancia y alguien abrió la puerta del conductor. —¿Estáis bien?

Aquello se empezó a deshinchar y pudo mirar a Roy que iba vestido de traje. —Estás muy guapo.

—No te muevas. Llamaré a otra ambulancia.

—¿Y para quién es esa?

Roy reprimió la risa. —Has empotrado a la novia contra la luna de

separación de la limusina.

—Oh, Dios mío. ¿Está bien?

—¿No la oyes gritar? Tranquila es un cristal de seguridad y no se ha hecho mucho daño.

—¡Esa hija de puta lo ha hecho a propósito! —gritaba histérica. Menuda boquita que tenía la niña.

—No lo he hecho a propósito.

Sólo venía a buscar a Ryan.

—Eso es cierto —dijo Doris tocándose el cuello.

—¿Estás bien? —Se preocupó por ella.

—¡Claro que estoy bien!

—Ryan no está aquí.

Las dos miraron a Roy. —¿Y dónde está? —preguntaron a la vez.

—Ni idea. Por aquí no ha aparecido.

—Madre mía.

Ahora sí que se asustó de veras porque temía que hubiera ido al rancho Randall para vengarse. Encendió el motor dejando de piedra a Roy cuando le empujó para cerrar la puerta y dar marcha atrás.

—¡Estás huyendo de la escena del crimen!

—¡Del accidente!

—¡Eso! ¿Qué estás haciendo?

¡Te van a meter en la cárcel!

Giró el volante mientras Roy intentaba que detuviera el coche. —

¡Apártate Roy!

—Dios... —Doris puso los ojos en blanco. —¿Qué estás haciendo?

—¡Si no está aquí ha ido al rancho Randall!

Su cuñada parpadeó. —No.

—Sesenta cerdos. ¿Crees que se iba a quedar de brazos cruzados después de perder miles de dólares?

—¡Acelera!

Su cuñada preocupada le indicó cómo llegar más rápidamente. —Dios, ¿cómo le vamos a encontrar? —preguntó Doris nerviosa—. Es una finca enorme.

—Primero iré hacia la casa y ver si está allí el coche. Si no está, daremos

la vuelta.

Aceleró a tope y cuando vieron a lo lejos la impresionante casa siseó —  
Cómo viven los ricos.

—¡Allí no está el coche!

Exasperada dio marcha atrás para encontrarse tras ella al coche patrulla de Roy. Su amigo salió del coche y gimió susurrando —¿Conoces a un buen abogado?

—Tú necesitas al mejor y eso cuesta una pasta.

—Muy graciosa. —La puerta del conductor se abrió. —¡Roy, qué sorpresa!

—Eres tan sutil como un elefante en una cacharrería.

—Creo que no te comprendo.

—Si venías a deshacerte del ganado de Randall, no deberías haber

empotrado el coche en su limusina.

Le miró asombrada. —¡No iba a hacer eso!

—Casi te creo. —La cogió por el brazo sacándola del coche y la tumbó sobre el capó para esposarla.

—Hablo en serio. Me dijiste que vigilara a Ryan y se me ha escapado. Me dejó grogui con una noche de sexo.

Roy reprimió la risa. —Me gusta

que hayáis hecho las paces.

—¡Las paces y una leche! ¡Esa reunión con la pija me la va a pagar!

Doris salió del coche preocupada. —¿Debo llamar a un abogado?

—Seguramente los Randall le van a meter una denuncia que la va a dejar temblando. Sobre todo, porque ha tenido que suspenderse la boda y el

novio es abogado.

—Vale, eso es que sí.

—Y busca a Ryan. No quiero más líos. Esto ya se está yendo de madre.

—¡No lo hice a propósito! —Él le agachó la cabeza para meterla en el coche. —¿Pero sabes qué? ¡Ahora me alegro!

—¿Quieres cerrar la boca? —

preguntó su cuñada enfadándose—. ¡Ya verás cuando John vea su coche!

—¡Se lo pagaré!

—No te va a quedar mucho de ese dinero cuando pagues la limusina.

Gruñó pensando que era cierto. Con lo bien que les vendría el dinero en el rancho. Tenía que buscar una solución.

Pensó en ello de camino a la

comisaría. Necesitaba algo para negociar. ¿Ryan sabría algún trapo sucio de su jefe? No, sino lo hubiera usado para casarse con la pija en su momento. Los ojos de Charlene brillaron sabiendo perfectamente lo que tenía que hacer.

Cuando Roy la sacó del coche le dijo —Has estado muy callada. Miedo me das.

—Confía en mí. ¿Está dentro?

—¿Te refieres a Randall? ¿No oyes sus gritos?

Ella se detuvo y le miró a los ojos. —No intervengas, deja que me arree.

—¿Estás loca?

—Es la única manera de que quite la denuncia y si me llevo un buen golpe conseguiré que me pague los cerdos. —Roy la miró con admiración.

—No podrás defenderte con las manos atadas a la espalda.

—De eso se trata.

—Muy bien. Vamos allá.

Entró en la comisaría con una sonrisa en los labios y Randall gritándole a Chad que debían encontrarla se volvió distraído. Tenía algo en los dientes. Parecían una especie de brackets que unían la mandíbula de

arriba con la de abajo. Lo increíble es que pudiera hablar con eso puesto.

—Hija de puta.

—Fíjate, incluso con la mandíbula partida tiene la facultad de soltar piropos.

—¡Le has arruinado la boda a mi hija!

—Tu hija no quería casarse — dijo con desprecio—. Le he hecho un

favor.

Roy la acercó y le dijo a Chad soltándola —Encárgate de tomarle declaración a la señora Dawson.

Randall le pegó un puñetazo que la tiró sobre la mesa con tal fuerza que cayó al otro lado. Al tener las manos atadas a la espalda no pudo detener la caída, cayendo de cabeza. Todos se quedaron paralizados al oír el golpe,

porque sonó como si se hubiera roto un huevo. —Dios mío —dijo Randall pálido.

—¡Chad, llama una ambulancia!

—Se acercó rodeando la mesa para ver a Charlene sin sentido y muy pálida.

—Está muerta —dijo Randall descompuesto—. La he matado.

—Está sangrando por el oído. —

Roy le tomó el pulso. —¡Llama a la

ambulancia, Chad!

—¡No la toques! —gritó Chad después de colgar el teléfono—. Que la muevan los sanitarios. —Apartaron la mesa y la pierna de Charlen cayó a un lado.

—Dios mío. —Roy se pasó la mano por los ojos y miró a Randall—  
¡Hijo de puta! De esta no te libras.

—Que Dios te coja confesado,

porque como te pille Ryan Dawson esta noche estarás bajo tierra.

Pálido dio un paso atrás y negando con la cabeza salió corriendo.

—¿Le sigo? —preguntó Chad.

—Va a esconderse en su rancho, el muy cobarde. Envía a otro a detenerlo cuando se vaya la ambulancia. A ti te quiero buscando a Ryan.

Ambos la miraron. —No tiene

buen pintada.

—Es dura de pelar. Luchará.

Averigua por qué tardan tanto.

En ese momento escucharon el sonido de la sirena y dos minutos después los sanitarios entraban en comisaría. Cuando vieron su estado llamaron por radio a un avión mecanizado para trasladarla a Perth, pues allí estaba la mejor unidad de

neurología de la zona y no querían perder el tiempo.

—Esto es culpa mía —dijo Roy viendo cómo se alejaba la ambulancia hacia la pista de vuelo. No se había esperado que la trasladaran a Perth, así que no podía ir con ella en el avión.

—¿Cómo vas a tener la culpa de algo así? Me voy a por Ryan. No quiero ni pensar lo que le va a pasar por la

cabeza. Hay que impedir que cometa una locura.

—Yo voy a detener a Randall.

Voy a acusar a ese cabrón de intento de asesinato.

—Esperemos que no tengas que aumentar los cargos.

Charlene gimió porque le

costaba abrir los ojos. —Muy bien, ya estás con nosotros —dijo la voz de un hombre a su lado.

Consiguió abrirlos e intentó centrar la vista, pero estaba borroso. — No te preocupes. Has estado muy sedada. Tómate tu tiempo.

Gimió de nuevo y alguien le cogió la mano. Intentó mover la cabeza, pero no se podía mover. —Lo estás

haciendo muy bien, nena.

—Mi marido... —susurró

sonriendo.

—Sí, preciosa. Estoy aquí. ¿Y ahora qué?

—Ahora debemos comprobar que no tiene ninguna secuela.

—¿Cuándo saldrá de aquí?

—Tenemos una granja, ¿sabe?

—Es un rancho.

Ella chasqueó la lengua sintiendo la boca seca y su vista se despejó lo suficiente para ver al doctor.  
—¿Qué me pasa?

—Has tenido una caída muy fea, pero afortunadamente las pruebas no revelan nada grave. La hemorragia del oído impidió que hubiera problemas mayores. Has tenido mucha suerte. Pero deberás llevar collarín una temporada

porque tienes una lesión en las cervicales. Nada que no se pueda curar con algo de cuidado.

—¿Y Randall?

—De eso ya hablaremos tú y yo

—dijo su marido mosqueado.

—Cariño, acércate que no te veo. —La cara de su marido apareció ante ella y Charlene sonrió. —Ahí estás.

¿Te has enterado?

—¡Estás loca! —le gritó para sorpresa del médico.

—¡Fue un error de cálculo!

—Un error de cálculo desastroso. ¡Estás en el hospital!

El médico carraspeó y ambos le miraron. —¡Qué!

El hombre se sonrojó. —La señora Dawson debería descansar y todavía no he terminado.

—¿Qué pasa? Nos está ocultando algo, ¿verdad? —preguntó Ryan agresivo—. Si mi mujer tiene algo, quiero saberlo.

—A eso voy. Y sí que tiene algo la señora. Que es un feto.

Ella jadeó —¡Me ha llamado feto! —Se pasó la mano por el cabello. —¿Tan mal estoy? Estoy horrible, ¿verdad?

Ryan cogió al médico por la pechera de la camisa acercándole a la cama y siseó—¿Qué ha dicho?

—No he querido llamarla feto de fea. Sino que tiene un feto —dijo muerto de miedo—. Dentro.

Ryan la miró con desconfianza. —¿Está diciendo lo que creo? —Soltó al médico y la miró furioso. —¿Estás embarazada y no me lo has dicho? —Su

grito se escuchó en todo el hospital. La señaló con el dedo. —¡Y querías abandonarme!

—Estás paranoico. ¿Crees que me dejaría pegar sabiendo que estoy preñada?

—De ti ya no me sorprende nada.

Jadeó de nuevo. —¡Retira eso!

De repente Ryan sonrió antes de

echarse a reír y miró al médico que se estaba arreglando la camisa. —¿Y cómo va mi hijo? ¿La caída le ha perjudicado?

—Pues no. Todo va bien.

—Bien. —La miró intensamente.

—Dejaste la píldora. —Charlene se sonrojó con fuerza. —Nena, me quieres, puedes confesarlo. Me quieres tanto que has querido darme un hijo.

—Púdrete.

El médico puso los ojos en blanco antes de salir de la habitación a toda prisa.

Ryan se sentó a su lado en la cama. —Le has asustado. —Le acarició la mejilla y ella frunció el ceño levantando la mano. —No te toques. La tienes hinchada del puñetazo.

—Prométeme que no le harás nada a Randall.

—¡Pero si eres tú la que siempre les estás provocando!

Hizo una mueca. —No lo hago a propósito.

—Ya, claro. No hubieran matado los cerdos si no le hubieras dejado en ridículo delante de todo el pueblo.

—Es mala gente. No me gusta y no me dejo pisar por la mala gente. Vale que le tendí una trampa, pero sino

tendría que pagarle la boda, la limusina y seguramente daños y perjuicios. ¡Lo perderíamos todo!

—Y te dejaste pegar.

—Ahora no podrá demandarme.

Ryan sonrió. —Eres un peligro.

Y muy valiente.

—Gracias.

—Pero como vuelvas a hacer algo así, te encierro en el establo atada a

la viga.

—Por cierto, tu caballo es muy rebelde.

—Me han comentado que tu aparición en la boda se debía a que creías que la iba a interrumpir. ¿No te lo dejé claro la noche anterior?

—No me quedó nada claro. Yo me quería largar y me sedujiste.

—Podías estar embarazada de

mí. ¡De hecho lo estás! ¿Cómo se te ocurre intentar dejarme?

—En ese momento no pensé en ello. —Chasqueó la lengua. —Es que estaba demasiado ocupada pensando en tu secreta cita con tu exnovia, que por cierto tiene un repertorio de insultos...

—No cambies de tema. ¡Al primer escollo quieres dejarme!

—Espera, dame un teléfono que

voy a llamar a Bill.

—¿Quién coño es Bill?

—¡Mi exnovio! ¡Voy a pedirle una cita!

—Muy graciosa.

Se miraron unos minutos y Ryan se acercó dándole un suave beso en los labios. —Vas a pagar haberme asustado. Eres mi socia, no puedes dejarme.

—¿Socia, eh? Pues tu socia va a

poner unas demandas. Ya va siendo hora de que nos devuelvan algo de lo que nos han robado.

## Epílogo

Chocó su copa de champán con Adrien que sonrió encantado. —Ha sido el caso más fácil que he llevado.

—Gracias por todo. Ese cheque de tres millones nos vendrá muy bien.

—Es lo que tiene acabar con la reputación de alguien. Que si es falso, sale caro. —Adrien miró la casa recién terminada. Una casa de dos pisos, seis habitaciones y cuatro baños, pintada de blanco y con una preciosa valla blanca. El sueño de cualquiera, pero ella no estaba tan encantada. Ahora tenía que

limpiar un montón. —Ha quedado preciosa.

—Sí. —Se acarició el vientre.

—Nos fue muy bien con la venta del ganado y el cheque de Randall. Hasta hemos comprado un coche nuevo.

—Ahora podréis ampliar el negocio. ¿Y cómo le va a ese tipo?

—No se puede acercar a mí a cien metros. Es divertido verle de

cambiar de acera corriendo. A veces le sigo sólo para fastidiarle.

Adrien se echó a reír. Sintió a alguien abrazándola y volvió la cabeza para ver a su marido que cogió su copa de champán. —¿No te darás ahora a la bebida? Nena, hemos pasado lo peor. — Dejó la copa que ella no había probado y la cogió de la mano. —Te la voy a robar un minuto, Adrien.

—Por supuesto.

—¿Qué haces? —preguntó

asombrada al ver que la llevaba hasta donde estaba ubicada la banda que estaba tocando. Doris le guiñó un ojo. Extrañada se dejó llevar. —Cariño, ¿qué pasa?

—Ahora te lo digo. —Subieron al escenario y el cantante interrumpió la canción para tenderle el micro a Ryan.

Sonrojada miró a sus vecinos que se acercaron sonriendo. —¿Qué haces? —siseó muerta de vergüenza.

Ryan sonrió. —Hace un año no te conocía. Se me ocurrió la ridícula idea de que casándome por poderes tendría una esposa que me hiciera la vida más fácil, pero llegaste tú. —Todos se echaron a reír y ella le fulminó con la mirada. —Llegaste a mi vida con tu

tesón, tu valor, tu fuerza y sobre todo con tu amor incondicional. —Los ojos de Charlene se llenaron de lágrimas. — Porque sé que me quieres, nena. Puede que no me lo digas nunca, pero una mujer que vive sin un baño durante siete meses tiene que quererme mucho. — Charlene sonrió. —Me has apoyado siempre y sé que hubo momentos en los que dudaste de mí y con razón. Por eso

quería decirte delante de todos que te amo más que a nada en la vida y ya no podría vivir sin ti. Así que no pienso devolverte el pasaporte.

Todos se echaron a reír incluida ella. —Tengo algo para ti —dijo metiendo la mano en el bolsillo interior de la chaqueta del traje que llevaba. Se puso serio y ella le miró a los ojos cuando le cogió la mano. —Cuando nos

casamos no pudimos decir nuestros votos y no tuve la oportunidad de ponerte un anillo para sellar nuestro amor. Además, no era el momento adecuado. Pero ahora sí que lo es, preciosa. Quiero que con este anillo sepas que mi corazón es tuyo y que lo será para siempre.

—Lo mismo digo, mi amor. Te quiero más que a nada.

Ryan la besó mientras los vecinos aplaudían y Rubi gritó — ¡Enséñanos el anillo!

Divertida se miró la mano y chilló asombrada al ver un pedrusco enorme. Ryan sonrió cogiéndola por la cintura y besándola en la sien. —¿Te gusta?

—Cariño, me encanta. —Y susurró por lo bajo —Esto son diez

cerdos por lo menos. —Su marido se echó a reír y la besó en los labios. — ¿Te alegras de haberme ayudado a huir de los Estados Unidos?

—Es lo mejor que he hecho en mi vida. Pero no podrás huir nunca más, mi preciosa fugitiva. Ahora estás atada a mí.

—Y estoy encantada, te lo aseguro.

FIN

Sophie Saint Rose es una prolífica escritora que tiene entre sus éxitos “Huir del amor” o “No busco marido”. Próximamente publicará “No

más secretos” y “Robaré tu corazón”.

Si quieres conocer todas sus novelas publicadas en formato Kindle, sólo tienes que escribir su nombre en el buscador de Amazon. Tienes más de ochenta para elegir.

También puedes seguir sus novedades a través de Facebook.

